TEMAS SEXUALES

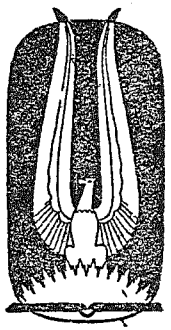
BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

53

A. MARTIN DE LUCENAY

LOS FENÓMENOS DEL HISTERISMO

Las manifestaciones más frecuentes de la histeria.—El sueño y la alucinación.—El satanismo y la histeria.—Histéricas criminales.—Histeria y sexualidad anormal.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO, 8025.—MADRID

PRIMERA EDICIÓN
ABRIL 1934

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

Bolaños y Aguilar (S. L.). Talleres gráficos. Altamirano, 50, Madrid.

PROLOGO DEL TEMA

Un eminente neurólogo francés, el profesor Charcot, afirmó hace muchos años que una de las principales causas del histerismo es la sexualidad reprimida. Freud, su discípulo, ha vuelto a repetir las afirmaciones del maestro con pretendido afán de originalidad, cuando es fácil que ni Charcot ni su discípulo hayan afirmado nada nuevo, ya que los griegos del tiempo de Sócrates creyeron que esta enfermedad era puramente femenina, puesto que la palabra "histerismo" la derivaron de "hysteron", o sea el nombre de la matriz.

Pero, aunque los antiguos lo creyeran y modernamente se siga sosteniendo por las gentes ignaras, el histerismo no es en absoluto ningún privilegio del sexo femenino, puesto que está demostrado de muy antiguo que no es una enfermedad caracterizada por las revoluciones de la matriz: no es más que una neurosis cerebral y sin más misterios que los puntos desconocidos y comunes al resto de las afecciones nerviosas. Y en cuanto a su difusión, es preciso asegurar que es tanto más extensa cuanto más densa sea la atmósfera de enervamiento. Esto se ha demostrado claramente a consecuencia de la última guerra, especialmente en los pueblos que más de cerca tocaron las consecuencias de la terrible conflagración, y, hasta cierto punto, cabe afirmar que es también uno de los productos morbosos de la civilización, de la lucha por la existencia, del "surmenage", como dicen los franceses, es decir, del exceso de trabajo, de la vida intensa y rápida de la humanidad.

Ciertamente, no es sólo la sexualidad reprimida el origen de estos trastornos neuropáticos, según las afirmaciones de muchos investigadores. Ahora bien, no cabe duda que las verdaderas epidemias de histerismo que registra la historia de la Medicina se desarrollaron principalmente en las colectividades de mujeres que hacían una vida casta, es decir, contraria a las leyes de la Naturaleza. Y modernamente, no cabe duda que la castidad es la mejor aliada de la histeria, aunque, a pesar de todo, si no es posible confiar demasiado en la persistencia

de la observación de esos ideales ascéticos, podemos creer que el histerismo no reviste los graves caracteres que tuvo en otros tiempos, cuando las represiones de la moral y de los convencionalismos sociales fueron bastante más duras que lo son en la actualidad...

Pero, de todas formas, el histerismo no ha desaparecido, y si investigamos en la vida de algunos hombres dementes, veremos que el camino de la locura no fué otro que el de la histeria, a cuyo final se levanta casi siempre el edifcio del manicomio.

En la mujer adquiere otras formas mucho más extrañas e impresionantes, lo que induce a creer que se trata de una perturbación principalmente femenina. No obstante, cuando se considera que llamar histérica a una mujer es tanto como decir de ella que es una Mesalina, no deja de ser un error grosero e inadmisible, porque el histerismo no implica la existencia de manifestaciones voluptuosas ni deseos lúbricos, aunque en la inmensa mayoría de los casos las necesidades sexuales insatisfechas, y frecuentemente ignoradas, sean la causa principal del recrudecimiento de la predisposición histérica, con la que frecuentemente se nace.

El diagnóstico del histerismo no puede tener nunca el valor de un juicio moral, como tampoco puede tenerlo el del cáncer o el reuma; tanto se ofende a una mujer diciendo de ella que es una reumática como diciendo que es histérica; pero esto no acaba de ser comprendido, porque sobre el histerismo pesa una vieja tradición cimentada en hechos de clara naturaleza sexual o erótica y que es lo que más profundamente llegó a impresionar a la opinión, ejerciendo sobre ella esas extrañas influencias que hemos heredado de los viejos tiempos en que no era posible que la ciencia se armonizase con la superstición, porque la misma ciencia era poco menos que la superstición misma.

Vamos a prescindir, principalmente, del estudio de los fenómenos histéricos en otra esfera que no sea la de la sexualidad; pero si se piensa en que, como decimos, la represión de los instintos sexuales es la causa más frecuente de esos trastornos, la diferenciación ha de resultar bastante imprecisa, pudiendo efectuarla sólo en lo que a las manifestaciones se refiere, las cuales son de muy diversa índole, pues desde el estatismo del místico hasta la feroz actividad del parricida, refiriéndonos especialmente al sexo femenino, la histeria es de por sí un fenómeno en el que caben las expresiones más extrañas e impresionantes, ya que, en resumen, no es otra cosa que la exaltación de las virtudes

y defectos que sin excepción adornan o envilecen a todos los seres humanos.

Y al final de todo, como dice Löbel, a la pregunta de "¿Quién es histérico?" puede oponerse la respuesta de "¿Quién no lo es?". Porque todos, absolutamente todos los humanos, unos más y otros menos, no parece que tengamos mucho que echarnos en cara...

LAS MANIFESTACIONES MAS FRECUENTES DE LA HISTERIA

Qué es el temperamento histérico.—Mujeres y hombres histéricos.—Herencia y predisposición.—Cómo se adquiere.—Histeria y sexualidad.—Síntomas.—Las convulsiones.—Alteraciones sensoriales. Cuadro psicológico.—Desarrollo de la enfermedad. La mitomanía histérica.—Carácter de la histérica. Su romanticismo aparente.—Su falta de afectividad es real.—Sensibilidad.—La vida de relación.—Simulaciones de las histéricas.

Desde le punto de vista de la clínica, el temperamento histérico es la expresión de una susceptibilidad espinal del sistema nervioso, que se traduce en movilidad, susceptibilidad, sensibilidad y debilidad nerviosa. Es un trastorno que se evidencia más frecuentemente en las personas ociosas que en aquellas que practican una vida activa.

El histerismo es el modo morboso de reaccionar a los estímulos, y quien lo padece amplifica, deforma y exagera las manifestaciones normales de las emociones. Con esta simple afirmación, no es preciso decir más para definir, en general, las manifestaciones más frecuentes de la histeria. Pero, esto no obstante, creemos oportuno extendernos acerca de la etiología de esta neurosis central, de la que, por lo común, participan el cerebro, la medula espinal y el simpático, órganos todos que, como sabemos, tienen una relación estrechísima con las funciones del aparato sexual.

Muchos autores contemporáneos siguen sosteniendo que se trata de una enfermedad casi exclusiva de las mujeres; pero esta afirmación no puede admitirse en esos términos, haciéndose necesario realizar determinadas aclaraciones para demostrar que la histeria no hace distinciones entre los dos sexos, aunque no cabe duda que sus fenómenos son mucho más visibles en la mujer que en el hombre.

La sensibilidad, la emotividad y, en general, todo el psiquismo de la mujer es infinitamente más débil que el del hombre, y, por lo tanto,

en el caso de que ambos estuvieran sometidos a las mismas emociones, a las mismas dolencias corporales y a idénticas influencias sociales, etcétera, siempre será la mujer quien manifieste más visibles esas impresiones. Tal es la explicación más vulgar y sencilla que puede darse acerca de las diferencias existentes entre los dos sexos. Por esta razón, aun suponiendo que en el mundo existen tantos histéricos como histéricas, resulta que sólo las vemos a ellas, porque esta enfermedad, cosa extraña, participa de muchas modalidades típicas del exhibicionismo en la forma que lo hemos estudiado como perversión sexual.

Así, pues, la enfermedad, que no es exclusiva de las mujeres, puesto que se encuentran muchos hombres histéricos, especialmente entre los tímidos, débiles sexuales, invertidos, etc.—que tanto se parecen a las mujeres—, sólo merece ser estudiada del lado femenino y, a lo sumo, "afeminado", puesto que, aparte otras razones, el histerismo del hombre no es interesante, ni frecuente, ni tan grave como el de la mujer.

En cuanto al origen de la enfermedad, cabe decir que, como casi todas las neurosis, figura en el índice de las hereditarias genuinas. Unas veces se transmite de generación en generación, alternando con otros estados neuropáticos afines, como la epilepsia, psicopatía, nervosismo, etcétera, y en muchos casos se observa que la predisposición no es hereditaria, sino congénita. Un autor dice que "es notablemente más marcada la influencia hereditaria de la madre, pero también el padre puede transmitir a su descendencia femenina el histerismo, cuando procede de familia neurótica, aunque no se haya manifestado en él afección alguna nerviosa". Sin embargo, esta regla no es general, aparte de que el desarrollo de la neurosis depende de circunstancias muy diversas. Se dice que los individuos de edad avanzada, tuberculosos o que se hallaban extenuados o debilitados en el momento de la fecundación, engendran hijos histéricos. No parece que existan pruebas muy abundantes de tal afirmación, a no ser que se quiera incluir bajo la rúbrica del histerismo a ciertos trastornos nerviosos y psicopatías susceptibles de ser exactamente diferenciadas del histerismo propiamente dicho.

La predisposición al histerismo, aparte su origen hereditario o congénito, puede adquirirse en virtud de diversas influencias y también a consecuencia de la educación.

Las malas condiciones morales y físicas constitutivas del ambiente en que se desarrolla el niño son, con mucha frecuencia, el origen de la predisposición y del progreso de la dolencia. Esos niños mimados por padres que temen a todo: la indigestión, el sol, el aire, el ejercicio, el baño, y, en general, cuanto en realidad contribuye al desarrollo del

cuerpo en las mejores condiciones de salubridad, son los candidatos a la histeria, de la que difícilmente escapan al llegar a una edad determinada. Por otra parte, el afán de los padres por reprimir los impulsos naturales del niño con el pretexto de la educación, de las buenas formas y de todas esas cualidades sociales del individuo, que deben manifestarse en una época adecuada, pero no tan pronto como pretenden los puritanos, son otras de las muchas causas de la dolencia, lo mismo que lo son el exceso de trabajo, la alimentación inadecuada, las distracciones indebidas, las lecturas excitantes, las narraciones de aventuras y, en fin, cuanto de algún modo puede contribuir a causar la excitabilidad intelectual del niño.

Estos síntomas de la educación imperfecta o de la capacidad para educar advierten con gran frecuencia en las familias excesivamente aferradas a las viejas tradiciones sobre la moral, que, por lo general, albergan en su seno a un cierto número de personas histéricas que vienen arrastrando el morbo en distintas generaciones y que son las directoras de la educación de las venideras.

Cuando las consecuencias de este sistema deplorable se manifiestan, suele ser demasiado tarde para corregir los graves efectos que se experimentan. El momento de la pubertad suele coincidir con los primeros fenómenos de la histeria, cuyo desarrollo se extiende, por lo general, de los quince a los veinticinco años. En muchos casos no es difícil observar la existencia de los síntomas antes de que la pubertad llegue, según se ha podido comprobar en criaturas de cinco y seis años en adelante, las cuales realizan los mismos actos y se expresan en las mismas manifestaciones que las personas mayores afectadas por este trastorno. En estos casos, la pubertad señala el apogeo de los síntomas traducidos en las más extrañas formas que pueden imaginarse.

Pero no son sólo los niños y los jóvenes: también los adultos están expuestos a adquirir la tendencia al histerismo, especialmente a consecuencia de enfermedades graves y de larga duración, como el tifus abdominal, la tuberculosis, el paludismo, etc., y también en virtud de una lactancia muy prolongada, partos muy frecuentes, pérdidas de sangre y otras circunstancias parecidas. Las emociones continuadas determinan también el desarrollo de la histeria: inquietudes, tristezas, esperanzas frustradas y, sobre todo, los amores contrariados, constituyen las principales variaciones en el cuadro de la causalidad de la histeria.

En el área de la sexualidad, muchas enfermedades del aparato genital femenino suelen ir acompañadas del histerismo, que adopta formas muy variadas. Las desviaciones del útero, las úlceras, las inflama-

ciones, las afecciones ováricas, las menstruaciones irregulares y, en resumen, todos los trastornos funcionales de tan complicado órgano, dan lugar a la aparición y desarrollo de los fenómenos histéricos, y muchos autores han llegado a sostener que ésta es la única forma del histerismo, lo que concuerda con las afirmaciones de los antiguos griegos, que no creían que esta enfermedad pudiera afectar al sexo masculino.

Y, seguramente, como veremos después, nada contribuye tanto al desarrollo de la histeria como la anormalidad en las funciones sexuales. "El histerismo—dice un autor—es frecuentemente una enfermedad propia del estado conyugal. Las mujeres pueden volverse histéricas cuando contraen matrimonio con un hombre impotente, cuando han sufrido desilusión y contrariedades en el matrimonio, cuando no tienen la sucesión que desean y cuando satsifacen con excesiva frecuencia el apetito venéreo. La continencia exagerada puede ser también causa de histerismo."

A nuestro juicio, tal afirmación, hecha por el Dr. Eichhorst, es la que preferentemente debe admitirse como más exacta en lo que se refiere a la producción de la histeria en la mujer, e independientemente de otras causas que, por lo general, no alcanzan nunca tanta gravedad como la que se deriva de esos trastornos psíquicos y fisiológicos de las funciones de la sexualidad.

Acerca de los síntomas generales del histerismo, puede decirse que rara vez estallan de una manera repentina, sino que, por lo común, se inician por pequeñas molestias que, poco a poco, van haciéndose más apreciables. El cuadro típico de la sintomatología está caracterizado por perturbaciones motoras, sensitivas, vasomotoras, tróficas, secretorias y psíquicas, que se suceden alternativamente, pudiendo aparecer en forma de enfermedades localizadas, que afectan a determinados órganos, enfermedades en las que no siempre es fácil descubrir el fondo histérico. Por otra parte, son tan abundantes las formas que puede adoptar esta neurosis, que resultaría punto menos que imposible trazar un cuadro completo que abarcase a todas.

Según el autor arriba citado, los síntomas más comunes que pueden presentarse, o, por mejor decir, los más conocidos, son los que acabamos de enumerar. Entre las perturbaciones motoras, afirma que son en extremo frecuentes las parálisis locales que afectan a grupos de músculos aislados, siendo muy raras las que se extienden a todas las extremidades. Estas parálisis son más o menos duraderas, y ante un caso de esta naturaleza no hay duda alguna en hacer el diagnóstico del histerismo.

Las emociones psíquicas ocasionan unas veces estas parálisis y otras las hacen desaparecer, lo que ocurre con los ataques histeroepilépticos. En algunas ocasiones no duran más que segundos; otras pueden durar años, y en ciertos casos el estado histeroparalítico se ha prolongado toda la vida.

Los músculos de la laringe, especialmente los tiroaritenoideos internos y los cricotiroideos posteriores, son afectados con frecuencia por estas parálisis histéricas, lo que produce en el paciente ronquera y afonía y a veces una obstrucción total de dicha vía respiratoria, lo que hace necesaria la traqueotomía. En estos casos, la sugestión producida por la orden imperiosa del médico mandando pronunciar al enfermo cualquier palabra, puede ser bastante para que desaparezca el trastorno. No obstante, los éxitos no son fáciles en todas las ocasiones.

Acerca de las convulsiones tónicas y clónicas, dice un tratadista que muchos casos de tic convulsivo dependen más del histerismo que de otra causa. En efecto, muchos histéricos, especialmente las mujeres, no pueden evitar determinados movimientos convulsivos de todos los músculos. Cuando estos movimientos son muy marcados, se advierte su naturaleza epiléptica, por lo que dichos fenómenos reciben el nombre de histeroepilépticos. El cuadro sintomático es el siguiente: "Los pacientes acusan una especie de aura constituída por vapores que se dirigen de abajo arriba, espasmo deglutorio, palidez y a veces alucinaciones y delirio. Abren la marcha síntomas epileptiformes; luego vienen contorsiones y cambios de posición del tronco y de las extremidades (clownismo histérico), opistótonos enérgico, elevación de algún miembro, posiciones estatuarias, etc. Inmediatamente sigue una fase de actitudes morbosas, en que las facciones expresan terror, alegría o voluptuosidad. Frecuentemente se notan manifestaciones cínicas y eróticas. En tanto que en muchos casos cesa el ataque convulsivo de repente, en otros decrece paulatinamente. Al despertar no recuerdan los enfermos nada de lo ocurrido. Con frecuencia caen en profundo sueño durante algunas horas y despiertan de él ágiles y repuestos.

"Los ataques convulsivos de este género pueden aparecer espontáneamente, o bajo la influencia de emociones psíquicas. La imitación juega en ellos un importante papel. En muchos enfermos se pueden provocar los ataques mediante la compresión sobre determinados puntos hiperestésicos, que se encuentran en diversos puntos del cuerpo. Según las observaciones de Charcot, se obtiene con singular frecuencia este resultado comprimiendo la región ovárica, especialmente la del lado izquierdo. En otros casos, la presión sobre los mencionados puntos de-

termina la disminución del ataque o la calma completa." (Eichhorst.)

Con referencia a la motilidad, casi siempre se presentan alteraciones y perturbaciones sensitivas, fenómeno que puede alcanzar a todo el cuerpo o limitarse solamente a zonas o islotes, las cuales resultan absolutamente insensibles al dolor, ya se aplique un hierro candente, un alfiler, etc. En el dorso de los pies y de las manos es donde aparecen con más frecuencia estos grados de anestesia. Una mujer se cortó un pezón con unas tijeras; otra se puso un carbón encendido sobre el dorso de una mano; otra se atravesó un muslo; otra se clavó treinta y seis alfileres en una pierna...

Por el contrario, esta insensibilidad se traduce en algunas mujeres histéricas en un grado de hiperestesia tal, que el más suave roce en cualquier parte del cuerpo les produce dolores verdaderamente insoportables. Estas zonas se hallan unas veces en el cráneo, otras en la columna vertebral, en las costillas y, muy especialmente, en los ovarios, con más frecuencia en el izquierdo que en el derecho.

Otras de las manifestaciones más frecuentes de la histeria, según los médicos, son las sensaciones localizadas de frío, "como si fuese una bola de nieve" (bola histérica), de calor, hormigueos, punzadas rápidas que provocan un quejido agudo, etc.

La vista sufre diversas alteraciones, lo mismo que todo el órgano ocular. Los enfermos se quejan de dolores muy intensos alrededor del globo del ojo, en los párpados, en la raíz de la nariz, en la frente, en los temporales, etc. La agudeza visual no sufre trastornos notables, pero la luz intensa y coloreada les produce molestias insoportables, especialmente la roja. Las "llamaradas" en los ojos son muy frecuentes, lo mismo que las fulguraciones, "como si viesen estallar un cohete dentro de los ojos". En otras ocasiones se sufren alucinaciones, viéndose toda clase de monstruos raros: ratones gigantescos, reptiles fabulosos, escarabajos ciclópeos, arañas horribles, etc.

Algunos enfermos experimentan perturbaciones del oído. Oyen ruidos que escapan a la percepción de un oído normal; una mujer me aseguraba que por la noche, cuando solía pasar mucho tiempo en el balcón, oía perfectamente cómo crecían las plantas de sus macetas. Otras veces, los ruidos habituales no pueden soportarse por el histérico, si no es a costa de un sufrimiento análogo al que se experimentaría oyendo durante mucho tiempo el tableteo de una ametralladora. Por el contrario, durante ciertos estados histéricos no se perciben los ruidos más fuertes, y la sordera puede decirse que es absoluta. Puede decirse que lo mismo sucede con el olfato, con el gusto y con el tacto.

El síntoma del "bolo histérico" es uno de los más tipicos de esta enfermedad, y que se atribuye a un espasmo de la musculatura del esófago. Los enfermos dicen sentir la sensación de "un cuerpo esférico que sube desde el estómago a lo largo del esófago", aunque algunas veces parece que este movimiento tiene su origen en la región pélvica. La sensación del bolo histérico puede surgir de una manera espontánea, provocada por emociones psíquicas, por un golpe, o mediante la compresión de algún punto de sensibilidad histérica; es uno de los síntomas de más valor para anunciar el ataque histérico, hasta el extremo de que los enfermos pueden precisar, sobre poco más o menos, cuándo les sobrevendrá el accidente.

El vómito es otra manifestación de la histeria, con la particularidad de que el accidente sobreviene inmediatamente después de haber sido ingeridos los alimentos, sin que ello les produzca la menor molestia. El vómito de sangre es otro síntoma muy frecuente, que se confunde con las afecciones bronquiales y pulmonares. En resumen: aunque el diagnóstico de la histeria no es difícil, los síntomas de esos trastornos fisiológicos pueden confundirse con los de otras enfermedades que no afecten al sistema nervioso.

Desde el punto de vista psicológico, esta enfermedad ofrece aspectos curiosísimos y de una variabilidad enorme. Por lo común, casi nunca faltan en las histéricas trastornos del estado general. Las enfermas dicen estar molestas, se las ve displicentes, irascibles, irritables, de mal humor, insomnes, inapetentes, etc. Pero todos estos síntomas pueden tomar expresiones diametralmente opuestas, a lo mejor de una manera repentina. Una enferma está de mal humor, llora angustiosamente, grita, insulta, etc., e inmediatamente se pone a reír, canta, baila y se divierte, como si hubiese olvidado por entero su actitud de hace cinco minutos. Son de una volubilidad verdaderamente extraordinaria, y si no fueran enfermas, diríamos también que de un cinismo a toda prueba.

Acerca de estos trastornos psíquicos pudieran escribirse apretados volúmenes de una literatura altamente interesante. Veamos lo que dice un especialista a este respecto:

"Es peculiar en estas enfermas la propensión a exagerar sus dolencias y a reclamar con empeño la atención del médico y de las personas que las rodean. Para conseguirlo, no escasean el fraude y la ficción, y las urden, a veces, con tal habilidad, que cuesta trabajo descubrir la trama. Presentan ranas, lagartijas, insectos vivos, suponiendo que los han arrojado con los vómitos, por el ano o por la vagina.

Otras muestran masas excrementicias, que dicen haber arrojado por la boca. Muchas aseguran que no comen nada durante algunas semanas, y se las sorprende por la noche devorando con avidez los alimentos que han podido acaparar. A veces se quejan de fiebre, y, en efecto, el termómetro aplicado a la axila señala una elevación de temperatura; pero es debida a que, aprovechando un momento de descuido, han frotado las enfermas el termómetro con los pliegues de su camisa para elevar la columna de mercurio. Con sus ingeniosos amaños han conseguido muchas histéricas engañar a los médicos, y ésta es la razón de que algunos, crédulos en demasía y poco prevenidos, hayan exornado el cuadro clínico del histerismo con las fábulas más maravillosas. Cuando las enfermas llegan a convencerse de que no pueden engañar al médico ni a las personas que las rodean, se fingen mudas, se clavan agujas en la piel o se las tragan, y llegan a hacer preparativos de suicidio; pero casi siempre de manera que se pueda impedir la realización de sus intentos. Más que privarse de la vida, se proponen asustar a las personas que las rodean.

"Muchas enfermas son incapaces de dominar las manifestaciones de su estado moral. Bastan motivos insignificantes para provocar las explosiones de llanto o de risa, y a veces un suceso triste les produce accesos de risa o convulsiones, o viceversa.

"El curso de la enfermedad es siempre crónico, y la mayoría de las enfermas conservan su padecimiento durante toda la vida. En algunos casos determinan cambios favorables algún acontecimiento venturoso o la realización de deseos largamente acariciados; pero cualquier contratiempo basta para producir el retroceso. Tal vez han exagerado algo ciertos autores al asegurar que todas las mujeres llevan en sí el germen del histerismo; pero es lo cierto que bastan pequeñas causas para que se vuelva histérica una mujer. Rarísima vez sucumben las mujeres a consecuencia de las alteraciones histéricas; las que más directamente pueden acarrear este funesto desenlace son los ataques histéricoepilécticos, las convulsiones de los músculos laríngeos o la parálisis de los cricoaritenoides posteriores. Los conatos de suicidio llegan en algunos casos a realizarse, casi siempre contra las intenciones de las suicidas. Las enfermas, acosadas por las burlas de sus allegados, arrastran una vida llena de contrariedades, más abonada para secundar la enfermedad que para su alivio. Relativamente, a la curación no ofrece condiciones favorables el pronóstico del histerismo. La vida de los enfermos rara vez corre peligro. La gravedad del caso aumenta en proporción directa del número de los síntomas, de la importancia de los ataques histéricoepilépticos y de la gravedad de los perturbaciones psíquicas. Contra la enfermedad en sí misma se logrará más con el consejo y el tratamiento moral que con los remedios. El que logre ganarse la confianza de las enfermas, empleando con ellas, según las circunstancias, ora la dulzura, ora la severidad, ése será el que obtendrá mejores resultados."

No todos los tratadistas han analizado la histeria en el mismo plano, ni todos tampoco se han ocupado de esta dolencia con la gravedad que requieren otras perturbaciones del organismo. Ernesto Dupré demostró cumplidamente la existencia de toda una categoría de enfermos cuya vida está consagrada al engaño, bajo todas sus formas, de las más benignas a las más graves: ésta es la histeria, que, según Delmas, es "una tendencia innata, casi impulsiva, a transformar los hechos, a inventar engaños, fabulaciones, mitos, en las palabras, en las actitudes y en los actos". Pero, ciertamente, no siempre es justo acusar a estas enfermas de los desmanes que cometen, a veces muy graves, puesto que su voluntad no interviene para nada, aunque se crean ellas mismas que todo lo efectúan de una manera voluntaria y que no hacen otra cosa sino engañar a quienes les rodean.

La histérica es siempre una mujer extraordinariamente sensible, que se muestra incapaz de resistir todo género de emociones, porque la clave del histerismo es la emoción. Dice Dide que las tendencias latentes en toda histérica son: no sufrir, vivir en protagonista de novela, destacar, poseer constante categoría de excepción sentimental, afán de imitación.

La vida de la histérica, por lo tanto, se desenvuelve siempre en un plano irreal de quimeras, de fantasías, de sueños constantes. Su ensueño viene a ser algo muy parecido al del morfinómano, el fumador de opio o el bebedor de láudano. En su existencia la histérica se crea un mundo interior, en el cual pretende vivir a toda costa, sin tener contacto con la realidad, que ella imagina grosera y despreciable.

Pero en el fondo, en la realidad de su existencia, por mejor decir, la enferma de histerismo es un ser peligrosísimo y muchas veces temible. Su afán estriba en la necesidad de brillar, de llamar la atención, de suscitar la benevolencia, el interés, etc. No repara en medios con tal de lograr los fines que se ha propuesto, consistentes en asombrar a la gente, en centrar sobre sí la atención de todos. Su moral es especialísima, y la finalidad preferente no es otra sino satisfacer su vanidad. Es frívola, despreocupada, inestable y propicia a todas las sugestiones. Por lo general, es también una gran coqueta, que se

entrega a la tarea de excitar a los hombres, no con el deseo de entregarse al final, sino con el afán morboso y claramente sádico de negarse con un gesto altivo de virgen ofendida ante el menor atrevimiento del infeliz que la ha seguido el juego. Si en este momento puede provocar el escándalo, no repara en el lugar donde se encuentra, y entonces consigue atraer la atención de los circunstantes, que es lo que se proponía.

El vulgo cree que el histerismo lleva consigo una actividad sexual intensa y desordenada, creencia absolutamente falsa, ya que la mayor parte de las histéricas son frígidas en extremo. Falret, un célebre alienista, ha demostrado con amplia suficiencia que las histéricas son conquetas y vanidosas, pero rara vez ardientes y apasionadas. A lo sumo, y esto es cierto también, en su afán de mentir, de fingir, de transformarlo todo, ejecutan las mismas comedias que realizaría la prostituta más refinada y ansiosa de conservarse en perfecta salud. La histérica finge transportes amorosos y pasiones que no experimenta jamás, porque su organismo no tiene necesidad de esos deleites eróticos. Un amante poco sagaz puede ser feliz al lado de una histérica y hasta decir de ella que es la reencarnación de Aspasia o de Mesalina. Dice Schwartz que casi todas las mujeres histéricas que han tropezado con aventuras galantes o las han buscado fueron empujadas por su carácter romántico (fingido), por una insaciable necesidad de emociones y su incesante anhelo de lo imprevisto más que por el apetito de las satisfacciones sexuales. Sus entretenimientos pasionales pueden ser violentos e irresistibles, pero, desde luego, poco duraderos. Sólo en edades algo avanzadas es cuando las histéricas pueden experimentar cierta excitación genésica. Dice el citado autor que entonces "emplean un lenguaje licencioso, palabras expresivas para pintar sus emociones; sienten singular placer en hacerse visitar del médico, pidiendo la aplicación del espéculo, fingiendo una enfermedad de la matriz"; pero este cuadro se aproxima más al de la ninfomanía que al de la histeria propiamente dicha, por lo que hemos de mostrarnos en desacuerdo con la opinión de Schwartz.

El Dr. Juarros dice acerca de las histéricas:

"El deseo de no sufrir, el egoísmo avasallador de la histérica, es causa de que las más violentas emociones tengan gran resonancia física, somática; pero muy escasa psicológicamente. Ello da a su vida un ambiente de frivolidad, de inconstancia, de inestabilidad. A las pocas horas de un rompimiento estruendoso con su amante: llantos, amenazas de suicidio, desmayo, pataleta..., la histérica baila sonriente y satisfecha con otro hombre.

"Dolorida por un desengaño, enfadada por un disgusto, se decide a dejarse morir de hambre. La familia, asustada, contempla cómo se niega a comer, a cenar. Un día, otro. Al tercero levántase de pronto del lecho, que aseguraba iba a ser de muerte, y dirigiéndose a la despensa devora cuanto halla. Ríe complacida y como si no hubiera ocurrido nada.

"Consciente de su inferioridad sentimental, la histérica, espoleada por su ambición de parecer romántica, acude a imitar lo que es incapaz de sentir. Rige todo propósito satisfacer la necesidad de momento." (Dr. Juarros, *Los senderos de la locura.*)

La histérica, pues, a pesar de su hipersensibilidad, de su hiperemotividad excesivas, no es nunca una sentimental: no tiene corazón.

Por muchos esfuerzos que se realicen, es imposible darse cuenta de todas las singularidades del carácter de las mujeres histéricas. "Tan pronto suaves y arrebatadas, benignas o crueles, impresionables y rara vez dueñas de su primeros ímpetus, incapaces de resistir a los impulsos de la naturaleza más opuesta, presentan una falta de equilibrio entre las facultades superiores (la voluntad, la conciencia) y las facultades inferiores (instinto, pasión, deseos)." (Moreau.)

Huchard, refiriéndose a las histéricas de los hospitales, dice que se buscan entre ellas; pero se vuelven celosas enseguida, traman complots, llevan el afán de la demencia hasta acusarse de las menores faltas; sus amistades son efímeras, riñen pronto por los motivos más baladíes y se separan rencorosas. "Como están expuestas al contagio o a la imitación nerviosa, se las ve organizando mezquinas conspiraciones de indisciplina; tan pronto ríen por nada: de un hombre que pasa, de la lluvia que cae, de una mosca que vuela; después, una larga serie de insultos, lamentos, lágrimas, etc." Yo he conocido a una histérica de tipo afectivo (supuesto, naturalmente), la cual, nada más conocer a una persona, se sinceraba con ella hasta el punto de referirle los aspectos más íntimos de su vida. Esta condición de sinceridad conquistaba para la histérica muchas simpatías; pero a lo mejor, a la mañana siguiente, aquella persona que tan buen juicio había formado la noche anterior de la enferma, se veía desagradablemente sorprendida por el gesto adusto y antipático de aquella que tantas confidencias le había hecho unas horas antes.

La sensibiildad de las histéricas, exaltada al más alto grado por

los motivos más pueriles—conocí a una que lloraba cuando alguien golpeaba a una caballería, a un perro, etc.—, parece en ocasiones completamente acorazada cuando se trata de desgracias sensibles o de hechos sumamente graves que reclaman la conmiseración o el comentario piadoso de las gentes normales. Un autocamión arrolló a una criatura, destrozándola. Una señorita presenció el drama, y mientras la gente, aterrada, mostraba su indignación contra el conductor del vehículo, ella salió en su defensa, diciendo por todo argumento "que no había tenido intención de arrollar al niño". Esta mujer era una histérica que mantenía relaciones amorosas con un médico.

La vida de relación con estas mujeres es a veces un verdadero problema difícil de resolver incluso para los hombres de mejor tacto. Una simple galantería, que siempre agradece o enorgullece a una mujer normal, se transforma en una ofensa grave en el criterio de la histérica. En cualquier frase ven una segunda intención ofensiva, que abultan y modifican a su antojo. Cuenta un oficial del ejército, hombre correctísimo y culto, que, hallándose una noche en un paseo de una capital de provincia, dirigió un galanteo a una muchacha que estaba paseando con dos amigas. La aludida respondió al piropo con un insulto grave, en el que complicó a la madre del galanteador, réplica a todas luces injusta y brutal, que la criticaron las amigas con acritud. La muchacha empezó a vociferar, prosiguiendo los insultos, por lo que se formó un escándalo más que regular. Intervinieron unos jóvenes, ante los que aseguró que el oficial la había ofendido gravemente, extremo que negaron con energía las dos amigas que la acompañaban. El escándalo tuvo su epílogo con un ataque histérico, que terminó en una farmacia próxima. Al salir del ataque, la señorita en cuestión no se explicaba lo sucedido ni tenía memoria de que el oficial la hubiera galanteado siquiera.

La histérica es siempre mitómana, es decir, embustera. "La mujer histérica—dice un autor—miente a tontas y a locas, sin necesidad, casi inconscientemente. Cheumal, que no quería ocuparse de las histéricas, porque siempre le engañaban, contaba esta historieta: Una enferma entró a su servicio presentando fenómenos nerviosos, cuya extrañeza le interesó vivamente; llevó con cuidado un apunte de sus observaciones, tomó nota de ella durante más de una hora, y cuando agotó el interrogatorio la preguntó si tenía algo más que decir. "Sí, señor—le respondió—; que de todo lo que le contado a usted no hay nada de verdad." Las mentiras que inventan son de todo género, y aunque sean perjudiciales para ellas mismas, para su reputación,

para su familia, etc., la finalidad no es otra sino llamar la atención, hacer que se ocupen de ellas sea como fuere. Lo mismo se fingen las heroínas de los hechos más hermosos como las autoras de los actos más abominables.

Un día desapareció de una pequeña aldea la hija de unos ricos hacendados, criatura de dos años de edad. Todo el pueblo se echó a la busca de la niña, llegándose a creer que se trataba de rapto a fin de exigir a los padres un fuerte rescate; pero la hipótesis fué desechada, ya que los padres, dispuestos a todo, no recibieron ninguna proposición. A los dos días, cuando las autoridades se hallaban reunidas a fin de tomar otras determinaciones, se presentó en el Concejo una joven de la localidad llevando en sus brazos a la pequeña desaparecida. La joven aparecía con las ropas desgarradas, llena de arañazos y de manchas de sangre. No hizo más que llegar con la niña y sufrió un desmayo que la duró media hora. Manifestó que había logrado descubrir a la niña en una cueva de las montañas inmediatas, en la cual habitaba un animal extraño y monstruoso, que debía ser un dragón. Al cabo de muchos esfuerzos pudo penetrar en la gruta; pero cuando salía con la niña en brazos se interpuso la fiera, con la que luchó hasta ponerla en fuga, no sin que le causara las lesiones y destrozos que presentaba en el cuerpo y en las ropas.

Huelga decir que el cuento no fué creído por nadie, y gracias a un médico se comprobó que la protagonista de aquella fabulosa aventura era una histérica que había fingido todo aquel drama con objeto de llamar la atención de sus convecinos. En realidad, ella fué quien raptó a la niña, teniéndola oculta en su casa, pues vivía sola, durante todo aquel tiempo.

Otra se acusó de haber dado muerte a un mendigo, cuya desaparición había denunciado su familia, diciendo que le había matado porque intentó violarla, y arrojado su cadáver a unos cerdos. Fué procesada y encarcelada, y si no aparece el mendigo, vivo y sano, se hubiera dejado condenar sin hacer la menor protesta ni desmentir la complicada novela que había urdido.

EL SUEÑO Y LA ALUCINACION

Sueño histérico.—Los histéricos creen en la realidad de sus sueños.—Casos clínicos.—Sueño semiinconsciente.—Santa Teresa de Jesús.—Cómo eran las alucinaciones de la Santa.—El carácter erótico de sus sueños.—La histérica y el torero.—El delirio onírico.—La que soñó con una hija.—Autoacusaciones de los enfermos.—Varios casos curiosos.—La supuesta sobrina del rey de Italia.—El defecto y exceso de las funciones sexuales.

Por lo general, el ataque de histerismo va seguido de un sueño más o menos profundo y duradero. Se conocen casos en los que el sueño duró varios meses, en los cuales fué necesario practicar la alimentación artificial para evitar que el enfermo muriera de hambre. Entonces se trata de un "ataque de sueño histérico", en el que caben la catalepsia, el sonambulismo y demás estados oníricos. No obstante, no vamos a ocuparnos de estos aspectos sino en aquella parte que se refiere a la alucinación o a las impresiones que el histérico recibe durante el sueño, las cuales se graban con tal fuerza en su imaginación, que al retornar al estado de vigilia cree sinceramente que todo lo acaecido es verdad que sucedió, sea bueno o malo, así le beneficie o le perjudique.

La creencia en la realidad de los sueños, en los que se mezclan la realidad y la superchería, llevó a la hoguera a muchas histéricas en los tiempos de la Inquisición y dió lugar a muy graves errores judiciales en todas las épocas. Dice Voivenel que dichos sueños se prolongan en el estado intermedio entre la vigilia y el sueño, y dan lugar fácilmente a verdaderas alucinaciones, "en cuya realidad creen los enfermos", lo cual explica su sinceridad. "Dichos sueños y alucinaciones—agrega—son con frecuencia místicos, y en ciertos casos la aproximación entre el enfermo y el ser sobrenatural llega a ser más íntima, y hay en tal caso "posesión" con desagradable sensación sexual

cuando se trata del diablo, y encarnación con sensaciones deliciosas si se trata de Dios..."

Así, pues, el histérico se somete en absoluto a lo que ha soñado, y al afirmar, al negar, al acusar, al disculparse, etc., obra de buena fe, porque sufre el engaño de sus delirios o alucinaciones.

Los casos célebres registrados por todos los investigadores de esta curiosa enfermedad son abundantísimos y a cual más extraños. El histérico, especialmente la mujer, tiene una facilidad extraordinaria para fingir toda clase de enfermedades, de estados, de comedias. Pueden llegar hasta el extremo de fingir la muerte como continuación del sueño histérico, e incluso el mismo sueño. Rouby cita los siguientes casos:

El primero se refiere a una mujer de cincuenta y cinco años, que tenía sueños histéricos, después de crisis frecuentes. Como Rouby conocía su estado desde hace algunos años y a menudo le hacía perder un tiempo precioso, la visitaba pocas veces. La histérica se hizo la dormida y simuló la muerte, quizá para que acudiera el médico. Esto era un día de fiesta de familia, y pensaba aguar la fiesta. A la llegada del doctor, la familia lloraba en torno de la difunta; el cuerpo estaba insensible e inerte, la respiración era lenta, el pulso apenas perceptibe; parecía cadáver.

Cuando el doctor había puesto una caja de cirujano sobre la cama y la desplegaba en silencio, simulando que iba a hacer una operación, vió que uno de los párpados de la enferma se entreabría, dejando aparecer el resplandor de una mirada curiosa. Con esto el doctor estableció su diagnóstico: declaró que la enferma no estaba muerta y que estaría curada por la noche si se la ponía en la cara una paño mojado de agua fría. Al siguiente día estaba perfectamente despierta.

La segunda observación es semejante a la anterior, pero por diferente causa.

Se trata de una mujer del campo, sujeta a ataques convulsivos de la histeria, y que un día, a consecuencia de una disputa con su marido, cayó en un sueño invencible durante cuatro días. El síncope fué tal, que en algunos momentos se creyó en una muerte verdadera. El doctor no acudió con la prontitud debida, y nadie sabía a qué atenerse. Al fin llegó el médico, y calmando a los llorones, impuso silencio absoluto. No tardó en ver que uno de los párpados de la enferma se abría dando una mirada de curiosidad. Unas compresas de agua fría en la cara acabaron de despertarla.

La tercera observación es más interesante.

Era un soldado árabe, profundamente histérico, con todos los síntomas clásicos.

Estuvo atacado en seis semanas de un sueño profundo parecido a la muerte, con un despertar de dos horas en un intervalo. Su estado era tal, que muchas veces los enfermeros fueron a avisar al médico que había muerto. Faltaba un examen médico para darse cuenta de que vivía. El Dr. Rouby se vió obligado en un momento dado a alimentarlo con una sonda para que no se muriera de hambre, y la operación se hacía sin ninguna resistencia del enfermo, caído en la inercia más completa. Se dejaba manejar como un muñeco y ni las duchas le causaban impresión.

Cuando se le llevaba a la hidroterapia todos los días, conducido como un cadáver, por ser el calor muy fuerte, se contentaban con taparlo con una manta árabe de rayas alternativamente rojas y blancas. Un día el enfermero observó que el soldado había despertado porque las rayas de la manta estaban en otra dirección; sin embargo, en la visita del doctor aparecía como un cadáver, y fué imposible obtener ninguna manifestación de vida.

En la visita del otro día, en vez de marcharse, el doctor se mantuvo inmóvil en un rincón del cuarto, después de haber hecho un cambio de muebles, con idas y venidas, para llamar la atención. Vió entonces que el enfermo levantaba ligeramente los párpados y echaba una mirada circular al aposento. Enseguida, viendo al médico, volvió a cerrar los ojos y a su acostumbrada inmovilidad.

Habiéndole reprochado Rouby que se fingía muerto, y que esto era una picardía, mostróse insensible a sus observaciones; pero al otro día, después de la ducha, como el enfermero tenía orden de frotarle fuerte con un cepillo de crin para despertarle, a la primera fricción se levantó gritando y cesó en sus sueños (1).

Una joven de diecinueve años se enamoró apasionadamente de un artista de teatro que estaba casado. En diferentes ocasiones le escribió cartas de admiración, en cuyos párrafos dejaba ver sus sentimientos. El artista, hombre digno, correspondió discretamente a esta correspondencia, pero no dió ninguna esperanza a su admiradora. Esta fué a buscarle al teatro donde trabajaba, y como se negase a recibirla, la joven sufrió un ataque. Se la condujo a una clínica, donde es trató de reanimarla por todos los medios, que resultaron vanos, y,

(1) Casos citados por el D. Schwartz.

por fin, fué llevada a su domicilio. El sueño duró dos días, y el caso interesó a varios médicos, que hicieron un diagnóstico adecuado. Algún tiempo después la joven se negó a tomar alimentos, y cayó en un nuevo y profundo sueño de más larga duración que el primero, siendo necesario alimentarla artificialmente.

El caso llegó a oídos del artista, el cual se ofreció a los médicos para aquello que pudiera ser útil al tratamiento de la histérica. Uno de los doctores, de acuerdo con la familia de la joven, manifestó a la madre que estaba muy contrariado porque una sobrina suya, esposa del actor X (el admirado de la histérica), había conseguido el divorcio y el matrimonio acababa de separarse.

La enferma oyó toda la conversación y despertó poco después. Enseguida rogó a su madre que la llevase al teatro donde actuaba el cómico, el cual trabajó aquella noche, como de costumbre, y durante la representación miró varias veces a la joven, que ocupaba, con su madre y una hermana, una platea próxima al escenario.

Al día siguiente la histérica recibió una carta del actor suplicándola le concediese una entrevista, a lo que ella accedió con la satisfacción que es de suponer. Siguiendo el plan combinado por los médicos, el actor hizo la comedia de que correspondía al amor de la muchacha, pero mostrándose muy reservado, adusto y hasta antipático, como si en realidad fuese ese su carácter y no el que fingía en la escena. Estas relaciones no duraron ni cuatro semanas, pues la joven se cansó de aquel hombre, cuyos encantos no trascendían de su actuación en el escenario. Se operó la cura por la antipatía, lo mismo que los médicos antiguos hacían la "cura de asco" con los enamorados, a los que obligaban a conocer las miserias fisiológicas de las mujeres que embargaban sus pensamientos. No se volvió a repetir el sueño histérico, y la joven abandonó su comedia completamente desengañada.

En estos casos el sueño es semiinconsciente la mayor parte de las veces, por lo que no puede decirse que se trate de una completa comedia. Por un lado, saben que sólo pueden preocupar a los demás mientras observan esa actitud por la cual es posible a los histéricos despertar la atención en su torno. El hecho de poderse pasar mucho tiempo sin comer y sin evacuar otras necesidades fisiológicas, no cabe duda que es sorprendente, sobre todo para quienes no conocen estos fenómenos. Quisieran, por otra parte, "no ser así"; pero si no fueran "así", desaparecería todo interés en su torno, cosa por la que el histérico no se resigna a pasar jamás. El histérico, como decía un autor, es un ser que no tiene voluntad, que "no sabe, no puede, no quiere

querer". Este complejo es el retrato más fiel de la histeria. De un lado está la conciencia; de otro, la voluntad; y la voluntad, aunque débil, siempre es más fuerte que la conciencia.

Un autor ha dicho de Santa Teresa de Jesús que fué la "santa patrona de las histéricas". Sin embargo, esta mujer extraordinaria no fué una histérica vulgar, sino una criatura inteligentísima, de educación perfecta y de elegante estilo en la interpretación de sus emociones enfermizas.

Desde su más tierna infancia dió muestras de un espíritu altamente soñador y romántico, que se agudizó al ser recluída en un convento de Avila, el de la Encarnación, convertido en un centro de reuniones mundanas, como eran en el siglo XVI casi todos los conventos. No puede decirse que Teresa de Cepeda estuviese mentalmente sana, pero tampoco dió pruebas de trastornos graves. No obstante, retirándose por completo de la vida de sociedad que hacían sus compañeras de convento, y obedeciendo a una alucinación, rompió bruscamente con sus amistades y se entregó de lleno al amor de Dios.

Durante veinticinco años estuvo atacada de histeria muy caracterizada. En sus escritos asegura que oía palabras místicas, que presenciaba espectáculos extraordinarios, que sentía sensaciones amorosas extrañas y otras emociones, etc., todo lo cual formaba la trama de su vida religiosa, en la que la castidad parecía ser un ideal absolutamente incompatible con su ardiente temperamento.

Ciertas particularidades que refiere acerca de una enfermedad que la obligó a permanecer en cama durante algún tiempo, revelan claramente los síntomas de la histeria. Así dice que "de las partes bajas le subía algo hasta el cuello (el bolo histérico), produciéndola una especie de estrangulación, que con los dedos trataba de arrancar, y que en esos momentos era incapaz de tragar ni una gota de agua, ni siquiera respirar". Se quejaba de dolores en el corazón, tuvo contracciones, parálisis, crisis convulsivas, sueños que duraron varios días, etc. Acerca de su sueño ella misma escribe lo siguiente:

"No podía, ni de día de noche, descansar, y además de esto era presa de una profunda tristeza, con dolores excesivos de pies a cabeza... Caía en un desvanecimiento que me tuvo privada del sentido cerca de cuatro días; me administraron el sacramento de la Extremaunción: creían todos que por momentos me iba a morir, y me recitaban el símbolo de los apóstoles, como si yo lo pudiera oír. Algunas veces me tenían por muerta, y cuando volvía en mí, tocaba en mis

párpados un poco de cera de una vela que me acercaron para juzgar mejor de mi estado..."

No cabe duda que el sueño histérico lo presenta como perfectamente real y sin el menor elemento de farsa que se observa con tanta frecuencia en la generalidad de los casos. Con referencia a sus alucinaciones, dice:

"Como estuviera yo un día con un personaje de rango distinguido, con el que había trabado reciente conocimiento, el Señor se me apareció con ceño, que yo le vi con los ojos del alma, pero con más claridad que si lo hubiera visto con los ojos corporales. La impresión fué tan viva, que aunque han pasado veinticinco años, la tengo muy presente. El demonio me persuadió que sólo era un juego de la imaginación o un artificio de espíritu maligno."

Tuvo también alucinaciones auditivas, como lo prueba el párrafo siguiente:

"Un día que estaba de oración fuí sorprendida por un arrobamiento tan repentino, que me quitó el conocimiento, y oí estas palabras: "No quiero que tengas conversación con los hombres; no hablarás más que con los ángeles." Estas palabras las oí muy perceptibles, no con el oído corporal, sino con el del alma, que es más sensible que el otro. En el mundo, cuando no se quiere oír a alguno, se tapa el oído o se distrae uno con otra cosa; pero para esta suerte de voces interiores, quieras que no, Dios se hace oír en virtud de su poder supremo."

Los ángeles y los demonios, según ella, se le aparecieron en diversas ocasiones, aunque "sin verlos ni sentirlos". La primera de sus alucinaciones fué así: "Estando un día en oración, plugo a Nuestro Señor mostrarme solamente las manos; eran de una belleza tan viva y resplandeciente, que no hay palabras con que expresarla. Algunos días después me hizo ver su divino semblante, y esta visita me dejó anonadada. Yo no podía comprender por qué este amable Salvador se iba manifestando a mí poco a poco, cuando muy pronto iba a hacerlo enteramente; comprendí después que era atendiendo a mi debilidad. Otro día que era festividad de San Pablo, como yo estuvieran en misa, se me mostró la muy santa humanidad del Salvador por entero, tal como se le pinta en su Resurrección: con esplendor y majestad incomparables."

Al llegar a este punto es conveniente advertir que la sagacidad de Teresa de Cepeda era suficiente para imponerle cierta prudencia en sus manifestaciones, en las que ya empieza a faltar la sinceridad, ya que es bien seguro que no habla bastante claro, circunstancia que destruiría por completo el carácter netamente divino que pretende dar a sus alucinaciones, las cuales, huelga decirlo, eran específicamente eróticas. En este lenguaje velado por imágenes retóricas describe los goces que Jesús la hace experimentar, deleites que debieron ser tan intensos como todos los que refieren los místicos, y que forman parte de los fenómenos autoeróticos ya estudiados en otra parte de esta obra.

"Me asaltaban—continúa diciendo—transportes tan violentos, que parecía que me arrancaban el alma; pero estos grandes transportes de amor no son movimintos de devoción que asaltan a las personas piadosas: es que el temperamento puede mezclarse a estos movimientos, y es de temer que el alma tome mucha parte en ellos.

"En verdad, cuando el amado Esposo quiere enriquecer y acariciar un alma, la une de tal modo con él, que como aquel a quien hace desfallecer el exceso de placer y de alegría, se cree estar suspendida de sus divinos brazos, pegado al divino costado, bebiendo de sus divinos senos y no sabiendo más que gozar. Un día que me preguntaba por qué Dios, siendo justo, privaba de sus caricias a tantas monjas que valían más que yo, me respondió: "Conténtame con servirme y no cures de los demás." Salía yo de estos arrobos con la cabeza tan agitada y el espíritu tan ensimismado, que no me era posible al siguiente día cumplir con la oración. La pena que se sufre es tan agradable, que no hay placer en el mundo que se la iguale. La violencia de este transporte es tan grande, que impide orar ni hacer otra cosa. Es como una persona a la que se hubiera roto los brazos y las piernas. Si se está en pie, se deja llevar como un cuerpo inerme; apenas se puede respirar; únicamente se deja escapar algunos suspiros que, por débiles que sean, son muy vivos en el fondo del alma.

"Algunas veces, cuando yo estaba en este estado, plugo a Nuestro Señor favorecerme con la vista de un ángel que estaba junto a mí, en forma corporal. Tenía en la mano un venablo que parecía de oro, con la punta de fuego. Yo sentía como si me lo hundiera en el corazón y me atravesara hasta el fondo de las entrañas. Parecíame que quitándomelo me las arrancaban, dejándome abrasada en el amor divino. Entonces el dolor que se siente es tan vivo, que se deja ir a pequeñas quejas, y la dulzura que le acompaña es tan grande, que para procurársela se necesita ser Dios mismo. En el tiempo que duraba este estado yo estaba como fuera de mí, y no hubiera podido ver ni oír a nadie. Ahora, a los primeros atisbos que siento, Nuestro Señor pone mi alma en éxtasis, y no hay dolor: todo es placer."

A falta de la sinceridad, defecto que se advierte en esta parte de

las declaraciones de la santa, y que prueba el matiz pecaminoso de sus alucinaciones, la descripción no puede ser más pura ni más pornográfica, si queremos decirlo con la propiedad que elude la mística doctora, alucinada e histérica con todas las características típicas de esta neurosis. "Después de haber leído su *Vida,* escrita por ella misma, se comprende que la escribió al salir de un éxtasis histérico, durante el cual el espíritu naturalmente penetrante de la santa estaba exaltado. En la mayoría de los casos, sobre todo cuando revestían esta intensidad, el sueño del ataque es bastante persistente al salir del paroxismo para que el mismo sujeto pueda contar o transmitir las impresiones experimentadas. Así, Santa Teresa, terminado el ataque, se acordaba de todo lo soñado. (Schwartz.)

Con relación a los sueños eróticos, una de las formas "normales" del autoerotismo, cabe decir que el histérico experimenta sensaciones más duraderas que las personas normales, puesto que esas impresiones suelen perdurar en el estado de vigilia. La sensualidad de los adolescentes se descarga por medio de los sueños como una función natural del organismo psicofísico. En el muchacho estos sueños ofrecen un carácter de agresividad sádica, mientras que la joven cree que sufre ataques amorosos, a los que indefectiblemente sucumbe, a veces en medio de violencias y dolores, ya que el dolor suele ir íntimamente unido a la voluptuosidad femenina, casi siempre masoquista.

Normalmente, la mujer tiene una propensión más marcada que el hombre a dar verosimilitud a sus sueños eróticos. Esta particularidad resulta mucho más acusada en la idiosincrasia de la histérica. La "pesadilla", que en un hombre persiste durante algún tiempo, muy poco. con visos de absoluta realidad, de sucedido inmediato, es interpretada en la misma medida por la mujer, pero durando más tiempo. En algunas histéricas perfectas subsiste a través de días y aun de meses y años, y no hay medio de convencerlas de que todo ha sido un sueño. Una joven de veintitrés años a la que en un café de Madrid presentaron a un torero, le escribió tres días después de la presentación pidiéndole que la devolviera el anillo que como recuerdo se había llevado "la otra noche". El torero se apresuró a entrevistarse con la muchacha, asegurándola que él no poseía ese anillo, apelando al testimonio de otros amigos que asistieron a la trivial conversación sostenida en tertulia en la mesa del café. Ella procuró hablarle aparte para rogarle que no prosiguiera la broma, al tiempo que le daba detalles de su íntima entrevista, que había tenido lugar en el cuarto de un hotel.

El torero no salía de su asombro, y empezó a pensar en un lazo burdamente tendido. No sabía de qué entrevista, de qué hotel, de qué anillo le hablaba la joven, y su confusión era mayor al tener el convencimiento de que ella no pretendía lo que el diestro pensaba. Por otra parte, ni el anillo desaparecido tenía otro valor que el de un recuerdo de familia, ni el torero hubiera negado, de ser cierta, la aventura de que le hablaba la muchacha. El caso se comentó bastante, y llegó a oídos de un médico amigo mío, amigo también del torero. El doctor se hizo presentar a la joven, y no le costó gran trabajo persuadirse de que se trataba de una histérica que había soñado todo aquello, de lo que se convenció unos días más tarde acosada a preguntas por el médico, al cual no pudo decir en qué hotel se verificó la entrevista, a qué hora, etc.

Paúl Voivenel sostiene que, según sus investigaciones, la mujer cae bajo el dominio de los sueños de tal forma, que éstos se pueden convertir en tiranos de su existencia. "Cuando hemos sufrido una pesadilla—dice—, nos cuesta a veces trabajo el despertarnos a la realidad. Lo que yo he llamado "inmediatismo" funciona mal. La angustia persiste. Nuestra pesadilla nos oprime aún el pecho y vivimos todavía el drama, cuya intensidad misma ha interrumpido nuestro sueño." Y en la mujer, mucho más imaginativa que el hombre, los detalles del sueño persisten con caracteres tales, que hay momentos en que la realidad llega a interpretarse como un sueño. Regis denominó *delirio onírico* a este fenómeno, por el cual los enfermos permanecen dudando varios días entre su visión delirante y la realidad. "Sólo lentamente y con trabajo—dice—llegan a confesar la inexistencia de las alucinaciones que acaban de sufrir, y sólo se rinden a la evidencia después de vacilaciones, dudas y preguntas, pues resulta difícil reconocer la falsedad de las escenas oníricas impresas en su emotividad." Así es como muchos individuos niegan haber dicho una cosa o afirman haber dicho otra. Un comerciante tuvo necesidad de hacer un pago inaplazable en una fecha determinada para evitar una intervención judicial. Queriendo realizar la operación personalmente, le pidió a su cajero los fondos necesarios, una importante cantidad, y salió con ella en dirección al Banco. Al día siguiente el cajero le pidió el resguardo para hacer el correspondiente asiento en los libros, y el jefe, después de buscar bien en los bolsillos, afirmó que debía haber extraviado el documento, accidente sin importancia, ya que el ingreso estaba hecho. No obstante, se pidió un duplicado en el Banco; pero allí manifestaron al cajero que su jefe continuaba al descubierto,

ya que el pago no se había efectuado. La esposa del industrial llamó al poco tiempo a la oficina preguntando por su marido, al que dijo que en el bolsillo interior de la gabardina se había dejado una importante suma en billetes de Banco.

En resumen: que el buen hombre había soñado que hizo el pago a su debido tiempo; pero tan convencido, que hasta creyó que había extraviado el resguardo.

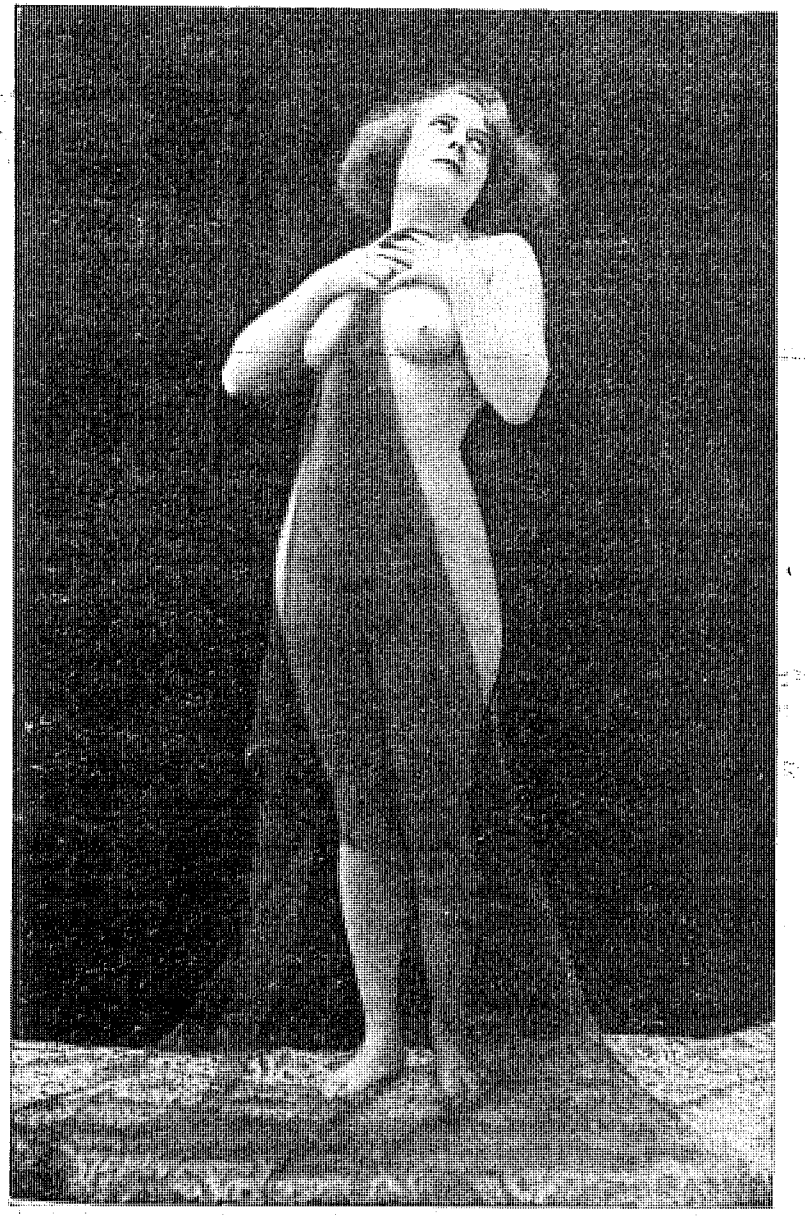
Un caso mucho más notable, y que se refiere a una mujer, es el siguiente: La esposa de un abogado cayó enferma con fiebres tifoideas, que la tuvieron durante una semana al borde del sepulcro. Muy debilitada por la larga enfermedad, hubo que alimentarla artificialmente, porque decía tener en el esófago una especie de bola que no la permitía deglutir los alimentos. El médico diagnosticó la histeria, y se empezó el tratamiento adecuado.

Una mañana la señora llamó a su marido, rogándole que "la llevasen la niña para darle de mamar, porque la había oído llorar durante toda la noche". El matrimonio no tenía hijos, ni los había tenido, ni la mujer estaba embarazada. Como es natural, el esposo trató de convencerla de su error, diciéndola que todo aquello era el producto de un sueño.

Ella negó tenazmente, afirmando que trataban de arrebatarle la criatura. Pero lo más chocante del caso fué que la histérica aseguraba padecer mucho dolor en los pechos a consecuencia de la acumulación de leche. En efecto, hizo brotar unas gotas de líquido, lo que sorprendió extraordinariamnete al marido, el cual llamó inmediatamente al médico. No cabe duda que todo había sido un sueño, de lo que la supuesta madre se convenció mucho tiempo después, al desaparecer los síntomas más graves de la dolencia, de la que quedó completamente curada en virtud de un embarazo que llegó a feliz término.

Estos trastornos, que reciben el nombre de "delirios confusionales o postoníricos", son frecuentísimos y han dado lugar a muchos errores, algunos de los cuales pueden leerse en los tratados de Medicina legal.

Un tratadista dice que acerca de la ilusión y la mentira, inspiradas en los sueños de las histéricas, ha tenido lugar de observar casos muy curiosos. "En la época moderna—dice—, los psiquiatras han publicado impresionantes observaciones de autoacusación en que la mentira, la vanidad y la malicia se combinan con la autosugestión. Motet expuso ante la Sociedad de Medicina Legal de París, en 9 de diciembre



EL EXTASIS HISTERICO
Esta composición fotográfica representa a una mujer en una actitud pasional del éxtasis histérico

LAMINA I



OTRA ACTITUD HISTERICA

Esta actitud, y sobre todo la expresión del rostro, especialmente la mirada, son características del éxtasis histérico, unas veces consciente e inconsciente otras

LAMINA II

de 1905, el caso de un joven literato de veinte años, admirador de Baudelaire, que se acusó de haber envenenado a su hermano con óxido carbono. Tenía una noción demasiado aguda de la publicidad. Otro de diecinueve años declaró haber violado una sepultura y acusó de incendiario a un tío suyo."

Se conoce el caso de un señor que presentó una demanda de divorcio contra su esposa, fundándose en el delito de adulterio. Las pruebas de la infidelidad de la mujer las obtuvo repasando las páginas de un diario de su vida, en el que ella transcribía hasta los menores detalles de su existencia. Efectivamente, las horas que la adúltera citaba como empleadas en las entrevistas con su amante eran las que el esposo estaba ausente de casa.

Ella negó el adulterio; pero en sus negativas no se advertía la sinceridad. Lo más extraño es que estaba enamorada de su marido; pero las páginas del diario constituían una acusación tan grave, que no había posibilidad de disculpa. El adúltero era un militar que en otro teimpo había sido amigo de la familia de la señora. Todavía el esposo marchó a una ciudad próxima a París, donde el militar estuvo de guarnición; pero allí supo que ya hacía tres años que marchó a Indochina, donde se hallaba casado y con dos hijos. El marido no salía de su asombro; pero no por eso detuvo las tramitaciones del divorcio.

Por fin intervino un médico. Y así pudo comprobarse que la señora era histérica mitómana y que las páginas del diario no eran más que la transcripción fiel de los sueños que venía experimentando con mucha frecuencia desde hacía bastante tiempo. Respecto a las ausencias del hogar, se comprobó con toda exactitud que la señora las invertía en practicar el deporte de la pesca, al que siempre fué muy aficionada.

Las autoacusaciones de hechos sexuales son muy frecuentes en las mujeres histéricas, cuyos trastornos obedecen, en su mayor parte, a la obstinación de su castidad. Esta actitud negativa de las leyes de la Naturaleza llega a convertirse en una verdadera obsesión; es decir, que mientras el instinto se rebela enérgicamente contra la continencia impuesta, el ser consciente se obstina en guardar la actitud de pureza.

Lo más curioso en estos casos es que las mujeres son frígidas sexuales y, por lo general, conservan la castidad porque no tienen interés en dejar de ser castas. No obstante, como ya hemos dicho en otras ocasiones, la mujer puede tener grandes necesidades sexuales y el impulso muy desarrollado, sin que por ello se den cuenta del verdadero motivo de sus inquietudes.

Una mujer de treinta años se presentó en una oficina de policía denunciando a un agente, el cual se presentó en su casa con una orden de detención. Manifestó la denunciante que no se dejaría detener mientras no se dijesen los motivos; pero que el policía, en vista de que no quería acompañarle, la amenazó de muerte si no se entregaba a él. La mujer no tuvo más remedio que someterse a los deseos del agente, lo que ocurrió durante tres días. Preguntada por el nombre de su seductor, le facilitó, dando todo género de detalles; pero cuál no sería la sorpresa del inspector cuando se comprobó que el funcionario aludido hacía dos meses que se encontraba en el extranjero desempeñando una misión oficial.

El médico de la prefectura reconoció detenidamente a la denunciante, comprobando que era virgen y que por la estructura especial de su membrana himenal era imposible que hubiese practicado el coito. La mujer siguió obstinada en sus manifestaciones, y mostró en los brazos huellas de arañazos y golpes, que dijo haberla inferido su violador. No costó mucho trabajo demostrar que aquellas lesiones se las había producido ella misma, con lo que la superchería quedó plenamente demostrada. Al cabo de algún tiempo volvió a presentarse en la Comisaría para rogar al comisario que la perdonase, ya que estaba convencida de que toda aquella historia no había sido más que el producto de un sueño.

Richet cuenta de una de sus enfermas que había sido víctima de una violación a la edad de diez años. Durante los grandes movimientos del ataque histérico, su fisonomía, en la que se retrataba el terror, indicaba que empezaba la alucinación. Si se la despertaba por la compresión ovariana, decía tener miedo a alguien que la perseguía; entonces corría y trataba de escapar. Era la aparición de este personaje cuyo recuerdo, con la persistencia de una obsesión, se imprime sin cesar en esta fase del ataque.

Los grandes movimientos terminan por una viva agitación. La enferma parece luchar para sustraerse de alguien, y grita: "¡Socorro!... ¡Ah, no me tendrás! ¡No me abraces!... ¡Es media noche, entra! ¡No beberé!... ¡No me dejes!" Pero no puede sostener la lucha por más tiempo. De pronto suplica, junta las manos, tiende los brazos adelante y se encoge en la cama, exclamando: "¡Perdón!"

A veces, en un movimiento muy pronunciado, se endereza y se pone de rodillas. En estas posiciones, más o menos suplicantes, y en su voz angustiosa, se adivina que la infeliz no se deja tocar. La escena continúa con actitudes pasionales, hasta la consumación del acto. Entonces se yergue furiosa, grita, amenaza con los puños y escupe a la cara del agresor.

A esta escena sucede pronto otra más terrible. Ve un gran carro cubierto de paños mortuorios y lleno de esqueletos, cuyas órbitas vacías despiden llamas de fuego. Los esqueletos tratan de atraerla y quieren hacerla subir al carro. Ella les pide perdón.

Enseguida cambia la visión. Bruscamente la fisonomía respira alegría, la enferma queda extática y tiende los brazos a una persona imaginaria. "¡Ven, ven!", dice, llamándole y haciéndole señas con el dedo. Al mismo tiempo indica un sitio a su lado. Al fin se tiende en el suelo, cierra los brazos como abrazando al fantasma y le cubre de besos. Vuelve la calma, aguza el oído y se pasea, del brazo del amante imaginario, por un jardín lleno de castaños, y baila al son de un música militar. Pero bruscamente se endereza, sentada en la cama; se cree rodeada de animales, y golpea las sábanas para matarlos. Por fin, se arrebuja, oculta la cabeza en las manos y llora su destino. (Citado por el Dr. Schwartz.)

La histérica miente casi siempre, pero en muchos casos es difícil asegurar si miente a sabiendas o lo hace inspirada por algún sueño o alucinación. Es posible que el sueño o el ensueño sean el punto de partida de las alucinaciones, que después interpretan y combinan adaptándolos a la vida real en virtud de extrañas sugestiones. El Dr. Lasègue cuenta la novela de una histérica que se creyó sobrina del rey Víctor Manuel II de Italia, y que importunaba a generales, diplomáticos y reyes, en demanda de sus derechos. "Víctor Manuel II—dice el autor que refiere el caso—recibió una carta de una persona, en la que le anunciaba ser hija natural de la pricensa Carignano, hermana del rey. En prueba de este aserto, le hablaba de una cajita, oculta debajo de la cama de la mujer que la hacía de madre, la cual mujer haría confidencias acerca de su verdadera nacimiento. Un jesuíta visitaba con frecuencia a esta mujer, pero un día, cajita y jesuíta desaparecieron.

"No recibiendo contestación a su carta, siguió escribiendo y dando las señas. Víctor Manuel acabó por enviar uno de sus ayudantes a que se entrevistara con el emperador Napoleón III y la emperatriz. La policía encargada de hacer investigaciones no descubrió nada. Sin embargo, el enviado vió a la joven, y, convencido de la verdad de lo que ella contaba, se la llevó a Italia y ocultamente la instaló en palacio.

"Un día, sin motivos aparentes, la joven abandonó Italia y volvió a París. Allí siguió con sus invenciones, en que los jesuítas jugaban el

papel principal; y estas supercherías duraron un año. Por fin, a fuerza de indagaciones, se concluyó por descubrir que la llamada hija natural de la hermana del rey de Italia era la mujer de un peluquero de París, y que todo con lo que había intrigado a la diplomacia y a las testas coronadas era pura invención.

"Pero no acabó todo con esto. Esta mujer, después de volver al domicilio conyugal, llegó a convencer a su marido de todas sus invenciones. Se produjo un delirio a dúo, que tomó grandes proporciones, hasta que el Dr. Lasègue, llamado con urgencia por la Prefectura de Policía, halló a la mujer presa de un violento ataque de histerismo. Terminado este acceso, y no pudiendo hablar, escribió, y por este medio se llegó a conocer quién era y tratada como era debido."

Todos los hechos más extraños pueden ser realizados por estas enfermas inspiradas en sueños o sugestiones de tal forma, que no cabe duda que ellas mismas son las primeras engañadas. Por otra parte, jamás carecen del necesario aplomo ni de las mejores facultades orales para explicar los sucesos más extraordinarios, y su inventiva llega hasta el extremo de idear hechos y circunstancias que en un momento dado pueden esgrimir como pruebas.

En el fondo de esta peligrosa neurosis palpita siempre la sexualidad insatisfecha o, por el contrario, excesivamente saciada. Lo mismo la novicia o la colegiala más castas que la prostituta más libertina o la mujer más viciosa, pueden presentar toda la sintomatología de la histeria sin diferencias notables. No obstante, la castidad parece ser la causa principal del desarrollo de estos trastornos, al menos en su forma epidémica, como se ha observado en distintas épocas, especialmente en las colectividades entregadas a la vida contemplativa, como aconteció con los místicos que se entregaron de lleno a las prácticas del ascetismo cristiano, bastante menos moral que el que verdaderamente predicó Jesucristo, hombre que, a pesar de todo, hay quien dice que fué más histérico que casto, aunque su exquisita bondad no reconociera límites...

EL SATANISMO Y LA HISTERIA

El histerismo en la antigüedad.—Los poderes causantes de la histeria.—Las epidemias.—Placeres de Dios y deleites del diablo.—La posesión demoníaca.—El cura de las ursulinas de Aix.—Sus confesiones.—El caso de Urbano Grandier y su célebre proceso.—Las crisis histéricas de las monjas.—Epidemias de embarazo histérico.—Histéricas célebres.—Las extáticas.—Las confesiones de las poseídas.—Falsas acusaciones.

No hay enfermedad ni gestos que hayan suscitado más supersticiones que la histeria y los diversos fenómenos que constituyen sus síntomas. En la antigüedad, cuando esta dolencia era mal conocida en todas sus múltiples manifestaciones, no sólo los teólogos, sino también los hombres de ciencia, no dudaron en atribuir el histerismo a la obra de Satanás.

Bajo la rúbrica de la extraña neurosis, apenas si eran comprendidos los estados de excitación sexual, y sustentándose la teoría de los médicos de la época clásica, no podía comprenderse que esos fenómenos pudieran manifestarse en el hombre, ya que todo obedecía, según aquellos "físicos", al mal funcionamiento de la matriz, que llegó a comparársela con un animal, cuando no se afirmaba que era una bestia que la mujer llevaba dentro de su cuerpo.

Fué sobre todo en la Edad Media cuando los trastornos psíquicos afectaron frecuentemente la forma religiosa en una mezcla de erotismo y de castidad, que no era más que el producto de las imposiciones ascéticas sobre el organismo, que mal podía avenirse con tan severas disciplinas. Si la fe brillaba en su máximo esplendor, la superstición se confundía con la religión misma, y no había medio de aclarar dónde acaba una y dónde comenzaba la otra. El poder de Dios, por un lado, y el de Satanás, por otro, preocupaban demasiado a la opinión para que las gentes se parasen a delimitar los campos de acción de ambas potencias superiores.

Los estados patológicos de la psique no podían explicarse más que por medio de la intervención divina o diabólica, y a veces, las patentes de virtuosidad no se extendían más que a nombre de las religiosas que no estaban bien de la cabeza, y menos del sexo, sometido a una inactividad rígida, so pena de incurrir el alma en el más grave de los pecados mortales. Por eso afirmó Loiseau, hace muchos años, que, entre la locura religiosa y las anomalías del sistema sexual, existe una conexión muy estrecha. Al mismo tiempo, se preguntaba si la explicación no estará en el hecho de que muchas personas buscan en la religión el consuelo de los amores fracasados o insatisfechos.

La incultura, que ha sido siempre la mejor aliada de la superstición y también del fanatismo religioso, hacía en aquellas épocas desdichadas que los delirios genésicos se advirtieran principalmente entre las religiosas, ya que un gran número de mujeres ingresaban en los claustros obligadas por su origen y sin que la vocación interviniese para nada en tan radicales determinaciones.

En estas colectividades es donde con más claridad podían advertirse los desórdenes nerviosos motivados por la abstinencia sexual, a consecuencia de lo que se produjeron aquellas extrañas epidemias de histeria, en las que las afectadas caían en prolongados éxtasis, aullaban, maullaban, andaban a cuatro patas como los animales, bailaban bajo la advocación de San Guy, o sea de nuestro San Vito, etc.

Y lo peor era que a todas estas manifestaciones se asociaba siempre la acción divina o la intervención satánica, según los casos. Fué cuando con más actividad trabajaron los íncubos y súcubos, cuando el diablo adoptaba todas las formas imaginarias para copular con las monjas que elegía su desenfrenada lujuria, y cuando tenían lugar aquellas extraordinarias relaciones eróticas de los místicos con los ángeles y con el mismo Dios, como le ocurría a Santa Teresa, a Santa Isabel de Hungría, a Santa Brígida, Santa Catalina de Sena y a otras distinguidas religiosas que ocupan un puesto en el santoral.

Estas grandes histéricas, que caían en la gracia divina por el hecho de ser religiosas, no merecían la misma suerte que aquellas otras mujeres que no abrazaron la vida del claustro. Las primeras pasaban al santoral, y las segundas iban a dar con sus huesos en las hogueras inquisitoriales, si bien de éstas llegaban a salvarse las que daban en la manía del éxtasis, truco bastante acreditado para eludir la visita a las calderas de Pedro Botero.

Según Raulin, las más célebres escuelas del misticismo en la Edad Media fueron los conventos de mujeres de Alemania y Suiza. Las religiosas creían ver a Dios, a los santos y a toda la corte celestial, con cuyos personajes tenían relaciones en las que los placeres del cuerpo parecían ser mucho más vivos que los del alma. La prueba de que se trataba de personajes celestiales estaba en el hecho de que las sensaciones que experimentaban las monjitas eran sumamente agradables, mientras que las dolorosas y quemantes eran obra de Satanás, del cual decían aquellas pobres mujeres que tenía el miembro viril largo y retorcido como un sacacorchos...

Pero es lo cierto que, a pesar de toda superstición, de todo aquel feroz fanatismo religioso y demoníaco, la histeria ocasionó dramas formidables entre aquellos enjambres de mujeres, febriles por la castidad y las privaciones de las comunidades religiosas. El demonio hacía nacer ilusiones, armonizaba alucinaciones y hacía que los sueños más extraordinarios tuviesen para las posesas los visos de la realidad más absoluta.

Ser poseída del demonio era el pecado más grave que podía cometerse inconscientemente. La fe religiosa era tan grande y tan acendrado el terror que inspiraba Satanás, que la desdichada que, en virtud de su abstinencia y, sobre todo, de la influencia nefasta de su confesor, creía haber andado de juerga con el diablo, no tenía inconveniente en denunciar el caso a los tribunales de la Inquisición para que la hicieran la merced de achicharrarla viva. El martirio de la hoguera no representaba nada comparado con la gloria exquisita de los placeres que, después de la purificación del cuerpo por el fuego, alcanzaba el alma en las regiones celestiales. Calcúlese hasta dónde no llegaría la fe cuando de tal forma se despreciaba a la vida terrena. Verdaderamente, la existencia terrenal debió ser bastante despreciable en aquel ambiente de religiosidad extremada. Hasta fines del siglo XVIII, la excesiva credulidad en las divinidades fué la causa esencial de las grandes manifestaciones histéricas. Sólo algunos espíritus elevados, muy escasos, como Wier, consideraron que toda aquella complicada serie de fenómenos eran de índole nerviosa, insistiendo sobre la posibilidad del contagio.

No eran sólo las mujeres las víctimas de estos desmanes de la imaginación, sino que algunos hombres sufrieron las consecuencias más terribles de sus extrañas alucinaciones, seguramente por el contagio. Juan Bautista Gaufredy, sacerdote marsellés y párroco del convento de ursulinas de Aix, fué acusado de tener pacto con Satanás y de usar filtros amorosos para rendir a las mujeres a sus caprichos eróticos.

Este sacerdote no tenía más que echar el aliento a las monjitas para que éstas se sintieran inflamadas de amor por el supuesto hechicero. Otras mujeres, que no eran tan castas como las ursulinas, decían lo mismo del aliento del cura, y todas estas manifestaciones sirvieron de base del proceso que instruyó el tribunal inquisitorial, que condenó a Gaufredy a la última pena.

Como era de rigor en estos casos, se le puso en el tormento para obligarle a confesar los crímenes que se le imputaban, y que no fueron más que éstos, según el documento que reproduce su confesión:

"Confieso haber hecho pacto con el príncipe de los infiernos y haber recibido de él facultades y poder para lograr cuanto pueda desear; confieso haber usado ampliamente de este poder.

"Confieso haber frecuentado los aquelarres y haber participado en cuerpo y alma en todas las orgías y en el libertinaje de estas torpes reuniones.

"Declaro que, al llegar al sitio donde se celebra el aquelarre, todos los asistentes se posternan ante Belcebú, le adoran y le besan el culo. Hecha esta adoración, todos los hechiceros niegan a grandes voces a Dios, el Cielo y los santos.

"Declaro que, con mi consentimiento, he recibido la marca o sello del diablo, y que esta marca, hecha con la uña del dedo meñique de Satán, produce de momento una ligera impresión de quemadura, que se trueca luego en una impresión agradable.

"Confieso haber echado mi aliento, con malos fines lascivos, a muchas mujeres, y con más frecuencia, sobre Magdalena de la Palaud. Confieso también haber llevado el desorden al convento de las ursulinas, enviando una legión de diablos que han debido fatigarlas día y noche."

En este tono sigue la confesión del desgraciado sacerdote, al que, huelga decirlo, se le sometió a los más inhumanos tormentos, como era estilo de aquellos terribles inquisidores: en los anales judiciales no es raro ver confesiones de esta naturaleza, por las que muchos infelices perdieron la vida en el patíbulo.

Otro caso análogo fué el de Urbano Grandier, sacerdote altamente simpático, confesor elegante y fogoso predicador, que tenía entre las mujeres un partido envidiable. Era el párroco de la iglesia de San Pedro, en Loudun, y visitaba con frecuencia el convento de las ursulinas, a las que, además de los auxilios espirituales, es fácil que prestase otros servicios inconfesables. Ellas, por su parte, se enamoraron colectivamente del apuesto sacerdote, lo que causó la envidia de otro

cura, Mignon, el cual empezó a intrigar, denunciando a Grandier a las autoridades con el pretexto de que lo mismo que había hecho Gaufredy es lo que hacía Grandier, es decir, llevar a las monjitas por los caminos del infierno.

El histerismo de las religiosas les hacía ver al sacerdote como una encarnación de Satanás, y casi todas aseguraban que habían sido poseídas placenteramente por el sacerdote. Estos detalles, lejos de evidenciar la realidad, debieron ser suficientes para negar verosimilitud a las acusaciones, pues si el cura hubiese calmado los ardores sexuales de las monjas, lo más seguro es que no se hubieran precipitado en el caos de la histeria. Esto no se comprendió a tiempo, y el intrigante Mignon pudo más que los razonamientos y afirmaciones de Grandier.

Por otra parte, las monjas ursulinas, que cada vez estaban más enamoradas de su confesor, el cual, seguramente, de haber pecado, no podía dar abasto a los deseos de todas las religiosas, dieron ocasión a que se realizasen los exorcismos. Laurent, refiriéndose a esto, declara:

"Exorcisada la superiora, acusó formalmente al cura de San Pedro de haberla entregado al demonio por medio de un diabólico pacto. Tal denuncia resultaba enormemente peligrosa. Grandier se alarmó, y con sobrados motivos, y después de diversas peripecias, se dirigió a su jefe supremo, el arzobispo de Burdeos. Acogió con interés el asunto de Urbano: tomó informes, viendo prontamente la realidad de lo sucedido, es decir, unas mujeres locas, un rival lleno de odios, unos sacerdotes dispuestos a coadyuvar a las maquinaciones más odiosas para llevar a su perdición a un colega orgulloso, demasiado querido de las mujeres, y por último, unos maridos y unos padres furiosos contra un seductor cuyas sagradas vestiduras servían de valiosa protección a sus audacias."

El arzobispo aconsejó a Grandier que se pusiera a salvo de sus enemigos, pero el enamoradizo cura, que tenía un lío en la ciudad, hizo caso omiso de tan prudentes recomendaciones, y fué detenido y encarcelado.

Entonces las histéricas monjas, al verse privadas de su ídolo, se retractaron de todo lo denunciado, y en el convento estalló una verdadera revolución. Según Laubordemont, instructor de la causa, Grandier era un individuo muy peligroso. "Es preciso no olvidar—dice—que todas aquellas religiosas, cuando prestaban sus declaraciones, al

oír pronunciar el nombre de Grandier, eran acometidas de trastornos y convulsiones, y en la confrontación, estando los médicos allí presentes, para saber lo que ocurriera que resultase extraordinario, se vieron acometidas de violentas agitaciones, lo propio que todas las seglares que se confesaron igualmente enamoradas del acusado." Todo esto prueba que un amor loco, irresistible y epidémico se había apoderado de las castas monjitas, que idolatraban al apuesto sacerdote.

Un autor dice: "Las religiosas relataron al limosnero que una rama de rosal, habiendo sido tirada desde afuera al interior del convento, produjo en las que tuvieron la desgraciada idea de oler las rosas, una perturbación, acompañada de movimientos singulares, y fueron víctimas de una pasión rara por Grandier. Recorrían diversos sitios de su religiosa morada y llamaban en todas partes al objeto de su amor, como impulsadas por el deseo y contra su voluntad.

"Tres mujeres de la población—prosigue—declararon: la primera, que cierto día, después de haber recibido la comunión por mano del cura de San Pedro, que mientras tanto la miraba fijamente, sintióse de pronto dominada por un irresistible enamoramiento; la segunda, que habiéndole encontrado, él le apretó la mano y también le inspiró una pasión irresistible, por virtud de aquel sencillo tocamiento; la tercera, que después de haberle mirado a la puerta de la iglesia de los Carmelitas, donde entraba el sacerdote con la procesión, la hizo sufrir una intensa perturbación y grandes deseos amorosos. Todas tres aseguraron que antes del momento en que les producía una tan intensa pasión, nunca experimentaron la menor inclinación secreta hacia él, siendo, además, personas virtuosas y dignas de la buena reputación que gozaban.

"Catorce monjas, y de las catorce ocho *poseídas* y seis seglares, declararon igualmente que habían sentido una pasión desordenada por el cura de San Pedro. Unas le habían visto en el convento, de día o de noche, solicitando el amor de ellas. Por espacio de cuatro meses se vieron obsesionadas por estas visiones, que no podían ser más que un modo de soñar, puesto que las habían tenido, la mayor parte, mientras se consagraban a la oración." (Figuier.)

Como se ve, las infelices se habían forjado un íncubo a imagen de Grandier, pues no es que el cura las poseyese, sino que en la obsesión de ellas de ser poseídas por el sacerdote adquiría estas formas, que acababan de consolidarse en sus mentes en virtud de los sueños y alucinaciones histéricas.

No había duda de que Grandier y Satanás eran una misma persona, o, al menos, que el sacerdote tenía poderes especiales, conferidos por el príncipe de los infiernos, para subyugar a las mujeres, introduciendo así en la vida de las religiosas los elementos satánicos más despreciados por la religión. Urbano Grandier murió en el suplicio inquisitorial, y la calma retornó al convento de las ursulinas, escandalizadas a causa de los desdenes del cura, que seguramente no tuvo igual preferencia por todas las religiosas, acaso obedeciendo a las leyes de la selección sexual...

El comienzo de la epidemia histérica, que no dejó sana ni a una sola de las ursulinas, se dice que fué a propósito de un juego que idearon las monjas más jóvenes para distraerse del aburrimiento del claustro. Las revoltosas muchachas imaginaron asustar a las compañeras, levantándose de noche y entrando en todas las celdas para dar sustos y hacer creer en apariciones diabólicas a las recluídas, pues se cubrían con sábanas blancas, como los fantasmas.

Esta ocurrencia causó en algunas monjas graves trastornos mentales, como convulsiones de miedo, alucinaciones terroríficas, etc. Las convulsiones eran de todo género, acompañadas de maullidos, de ladridos, de ventriloquismo y borborigmo, "porque el diablo hablaba en el cuerpo de las religiosas con claridad suficiente para que todos los asistentes pudieran oírlo". Se dice que fueron enviados al convento dos capuchinos, ardientes exorcistas, los cuales acabaron por perder el juicio y morir locos.

En las constantes crisis de estas histéricas se expresaban todos los movimientos del acto sexual. Las monjas se arrojaban al suelo o se echaban sobre la cama de espaldas, con las ropas levantadas y las piernas abiertas. Entonces pronunciaban frases en las que iba mezclado el nombre de Grandier, y a juzgar por los gestos y el cansancio, si no fueran bastante las confesiones de las monjas, el orgasmo sexual se producía siempre.

Otras veces las religiosas parecían atacadas de un furor extraño. Lanzábanse contra las paredes o los muebles, y se arrojaban unas sobre otras como intentando actos de tribadismo. Se mordían, se arañaban, se llenaban de golpes y se desgarraban las ropas. Fué una época de verdadera locura erótica, en la que el misticismo no se veía por ninguna parte.

A juzgar por las confesiones de las más exaltadas, el diablo las poseía valiéndose de un miembro ardiente, como un hierro puesto al ro-

jo, en forma de sacacorchos y con escamas como los pescados. Temían caer en tal estado, pues si bien el placer que experimentaban era muy intenso, cuando el diablo, que tenía el rostro del bello Grandier, terminaba la cópula, su miembro las producía agudísimos dolores insoportables, que las obligaba a proferir agudos gritos, "lo mismo que si las desgarrasen las entrañas", según asegura un cronista de la época.

Hubo epidemias de embarazo histérico, que acabaron con la santidad de los conventos, convertidos en verdaderas casas de orates. Las monjas aseguraban que no habían podido resistir a las seducciones de Satanás, el cual las había dejado encinta. Lo más notable de estos casos es que al día siguiente de la supuesta noche de amor infernal, las religiosas mostraban el vientre tan voluminoso como el de una embarazada auténtica de siete meses. Además, en un convento de Holanda, estas presuntas embarazadas daban cabriolas, trepaban por las paredes y balaban como las ovejas en celo. Según un autor, en el convento de Ubertet, en el condado de Horn, en 1550, se declaró una extraña epidemia entre las monjas, "después de cincuenta días de cuaresma, durante la cual no habían comido más que jugo de nabos y se habían entregado a exagerados ejercicios de piedad". Estas religiosas se volvieron impías de repente: "atacaban al dogma, blasfemaban, juraban, tenían conversaciones obscenas y sentían horror por las ceremonias religiosas, que parodiaban con extravagantes convulsiones que no podían reprimir".

Estos ataques colectivos de histerismo se traducían en verdaderas orgías eróticas, en las que tomaba parte toda la comunidad. Todos los actos de la sexualidad pervertida se representaron en estas juergas imponentes, en las que ningún hombre podía tomar parte. Sólo al día siguiente, cuando el confesor se tomaba la molestia de investigar en la conciencia de aquellas dementes, es cuando se sabían todos los horrores que daban lugar a las prácticas de exorcismo.

Las manifestaciones de la histeria epidémica no podían ser más que obra del diablo, que se vengaba de aquella manera del voto de castidad de las monjas. Era el triunfo de los íncubos infernales sobre la carne mortificada por las tremendas disciplinas del ascetismo.

Las aparatosas muestras del mal de Satanás tenían lugar casi siempre dentro del terreno sexual. Las viejas se veían libres de esos trastornos, lo que probaba que el Gran Cornudo no era un "caballo de buena boca", como sostienen algunos malintencionados autores, que

quieren desacreditar al diablo. Desdeñaba a las viejas, y sometía a las jóvenes, que, naturalmente, tenían mayores atractivos. Según Wiers, "cuando hay varias hechizadas o demoníacas en un punto, el hecho acontece principalmente en los conventos de jóvenes, que son los más apropiados para las fechorías de Satán".

Las poseídas confesaban que durante muchos años habían tenido relaciones sexuales con el diablo. Juana Herviller, quemada en Ribemont en 1578, decía que sus amores con el diablo habían empezado desde la edad de doce años, y que cuando Satanás bajaba a un convento, las monjas jóvenes casi siempre eran sus primeras víctimas.

Otra mujer, llamada Cristina de Stombelle, nacida en 1242, fué célebre por sus éxtasis, sus estigmas, sus luchas con el diablo, que duraron de quince a cuarenta y seis años, es decir, desde la pubertad hasta la menopausia.

Por lo general, la histeria suele ir asociada con los trastornos menstruales, como, por lo visto, le ocurrió a Juana de Arco. A la edad de trece años, es decir, hacia la época de la pubertad, fué cuando empezó a *oír las voces* y a ser visitada por el arcángel San Miguel, por el ángel Gabriel y, más frecuentemente aún, por Santa Catalina y Santa Margarita, a las cuales había consagrado una devoción muy especial. Cuando fué quemada en Ruan en 1413, tenía diecinueve años, y el historiador Villaret refiere que, "por un fenómeno particular que parece ligado a su elevado destino, no estaba sujeta a ese tributo periódico que las señoras pagan a los astros de la noche". Este detalle de la vida íntima de Juana de Arco pudo ser conocido porque varias veces, por orden de la autoridad eclesiástica, fué sometida al examen directo de una comadrona.

Se creía en esta época que, cuando el diablo tomaba posesión de una mujer, comenzaba siempre por desvirginizarla; y estos exámenes, a los cuales fué sometida Juana de Arco, demuestran la desconfianza que sus revelaciones despertaron al principio en las autoridades eclesiásticas y civiles. La misma suerte que corrió la heroína le estuvo reservada a otra histérica que dijo ser la continuadora de la obra de la doncella de Orleáns.

Las extáticas fueron las histéricas más interesantes y en las que se observaron los más raros fenómenos de esta neurosis. Especialmente las extáticas místicas, de las que se ocupó Charcot en profundos y largos estudios, presentaban los caracteres de la gran histeria, consistentes en grandes anestesias, rigidez de los miembros, mirada fija, etc.

Algunas veces se trataba de jóvenes que en el ataque adoptaban las posturas más inverosímiles y grotescas. Se refiere el caso de una muchacha de quince años, histérica desde hacía dos, que yendo un día a descolgar una cesta de un clavo, tuvo necesidad de empinarse sobre la punta de un pie para poder alcanzar la cesta. En este momento fué acometida por el ataque, y en tal postura, sin más apoyo que la punta del pie, permaneció todo el tiempo que duró el acceso.

Estas formas acrobáticas del ataque histérico se observaron también con carácter epidémico. Un caso célebre, y relativamente reciente, es el de María Koerl, y que refiere el Dr. Cerice. Esta mujer nació el 15 de octubre de 1812, de una familia noble, pero poco acomodada. En su infancia tuvo varios achaques, que se recrudecieron a la muerte de su madre. La joven comulgaba muy a menudo, y cuando tenía veinte años su confesor observó que algunas veces no contestaba a sus preguntas y parecía estar abstraída. Muchas personas de la intimidad de la joven afirmaron que esto le sucedía cuantas veces comulgaba.

"El día del Corpus, deseando tener el día libre, el sacerdote la llevó el viático muy temprano; quedó extática en el instante mismo. Al siguiente día, a las tres de la tarde, fué a verla, y la encontró arrodillada en la posición que la dejó treinta y seis horas antes. Los testigos de esta escena, acostumbrados a este espectáculo, certificaron que había permanecido en esta posición." Estos fenómenos se repitieron con mucha frecuencia, y el caso dió lugar a peregrinaciones que acudían a ver el milagro, que por su carácter se atribuyó a obra divina.

Hubo otras extáticas que, no siendo religiosas, pero sí castas, se manifestaban de manera bien distinta. Se cuenta de una joven, que vivía en una ciudad de Holanda, que cada vez que la acometía el ataque se echaba en el suelo, boca arriba, introduciéndose en los órganos sexuales un instrumento fálico. La expresión de su rostro era completamente voluptuosa, y el éxtasis, que solía durarle muchas horas, equivalía a un largo orgasmo sexual. (Láminas I y II.)

La beata Ludovica Albertoni, según una escultura de Bernini existente en la iglesia de San Francisco de Roma, tuvo varios éxtasis claramente eróticos. En la escultura citada aparece echada en el lecho, vestida y oprimiéndose los senos con las manos. Estas prácticas autoeróticas de la mística la agotaban completamente. Es fácil que toda la sensibilidad sexual de esta religiosa radicase en los pechos, y el gesto equivaliese a un acto de masturbación mamaria. Se dice que durante estos accesos, la beata empapaba la parte de sus vestidos correspondiente a los órganos sexuales, lo que demuestra sin lugar a dudas la naturaleza de sus éxtasis.

Santa Bibiana fué otra histérica extática tan ardiente como la anterior, pero de tipo masoquista. Esta mujer acostumbraba a disciplinarse furiosamente, y al final de estas "auto-palizas" es cuando caía en el éxtasis, que también la dejaba bastante rendida.

Margarita María Alacoque es otro caso típico. Esta religiosa estaba enamorada de Jesús, del que ella dice en su biografía que fué siempre su amante, su esposo y su adorado señor. Las emociones de esta mujer, reveladas con toda sinceridad, eran las mismas que pudiera experimentar cualquier ninfomaníaca de nuestros tiempos. Por otra parte, es difícil imaginar que pueda escribirse más pornografía en menos páginas, y eso que todos los pretextos que esgrimía la célebre religiosa eran netamente divinos.

En las confesiones de las histéricas que ridieron el debido tributo a la hoguera por haber sido poseídas, según ellas, por el diablo, es donde mejor se observa hasta qué extremos puede llevar el fanatismo y la inquietud sexual. Estas mujeres no tenían inconveniente en referir absolutamente todos los detalles de sus relaciones íntimas con los demonios, a los cuales describían de acuerdo con el retrato que constantemente hacían los confesores de dichos personajes infernales. Excepcionalmente, el demonio tomaba la figura de un sacerdote, del mismo confesor con mucha frecuencia, lo que ya se consideraba como un dato más que suficiente para que el pobre cura fuese a tostarse en la hoguera.

Una monja, llamada María de los Angeles, dejó un manuscrito en el que relata con el mayor detalle sus alucinaciones eróticas, y que fué publicado y comentado por los doctores Legué y Gilles de la Tourette. Los más célebres demonios gozaron de los escasos encantos de la religiosa, que seguramente no resultaban bastante atractivos para el amor de los hombres. "Estaba—dice—ocho días enteros en continuas turbaciones, y lo más a menudo me pasaba la noche en el jardín. No sabía si algún mago abusaba de mi desvarío. A todas horas el mal espíritu me tentaba, pero Dios me sostenía, sin lo cual hubiera caído en la desesperación o en el pecado de impureza." Claro es que, a pesar de todo ese auxilio divino y de los buenos propósitos que animaban a la monja, terminó por sucumbir: "Isacrón—dice—(un distinguido demonio), que era el que operaba en mí y no me dejaba un momento en paz, sacaba mucho partido de mi cansancio, sugiriéndome terribles tentaciones contra la castidad. Operaba en mi cuerpo del modo más furioso y extraño

que se puede imaginar; enseguida me persuadía de que yo estaba encinta, hasta el punto de parecerme que tenía todas las apariencias de tal."

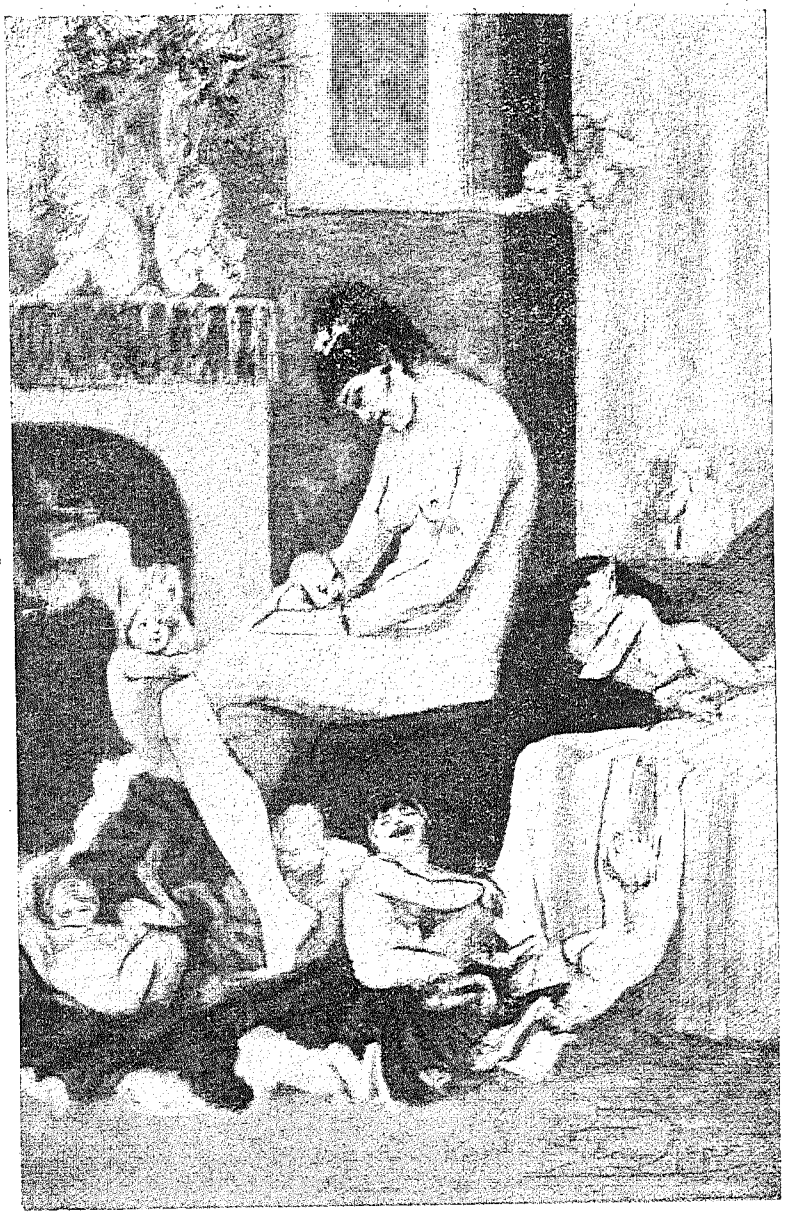
Esto ocurrió en Loudun, y el cardenal Richelieu tuvo que tomar cartas en el asunto. Los habitantes de la ciudad tomaron a broma todo esto y se burlaron de la religiosa, por lo que María de los Angeles intentó suicidarse con un cuchillo, propósito que no consiguió. Las gentes siguieron riéndose, y la histérica, al ver que nadie la hacía caso, acabó por curarse de su manía.

Una niña de trece años denunció a un sacerdote de haberla violado la noche anterior, pero no en su forma humana, sino tomando la apariencia de un demonio "según se lo había descrito su confesor". Las autoridades eclesiásticas escucharon a la criatura, la cual dió tantos detalles del acto sexual y de lo que con ella había hecho el supuesto demonio en figura de sacerdote, que no pudo creerse que toda aquella historia fuera inventada.

El cura, un viejecio casto y bueno, fué detenido y examinado. El hecho de encontrársele en el cuerpo una mancha pigmentaria en forma de cruz valió mucho más que todas las protestas de inocencia para demostrar que no era culpable del delito de que se le acusaba.

La niña fué sometida a observación en la prisión del obispado de Evreux, y aunque se la exorcizó rodeándola de cruces, cristos y santos, volvió a asegurar que el sacerdote la visitaba, sometiéndola a "infinitas torturas que la producían indecibles placeres". La criatura, que, sin duda, era una posesa de Satanás, fué a purificarse en la hoguera, donde ardió viva.

Otra individua, llamada Magdalena Davant, fué poseída del diablo por haberle invocado después de haber recibido un desaire de Jesucristo. "Después de un desaire de Jesucristo, invoqué a los demonios, entregándome a ellos interiormente. Les invitaba a que tomaran mi alma y mi cuerpo; lo solicitaba en posturas indecentes a gozarme." Confesó la histérica que, cuando tenía catorce años, fué iniciada por un fraile franciscano, en cuya compañía tuvo muchos placeres sexuales. Agregaba que, siendo monja en un hospital, un cura reunía de noche a todas las religiosas, haciéndolas comulgar desnudas de medio cuerpo para abajo y enseñándolas a tocarse unas a otras impúdicamente, y que un día, encontrándose en la capilla, el cura la echó sobre la balaustrada, gozándola en esa actitud, después de haberla pasado una hostia por las partes genitales.



ALUCINACIONES HISTERICAS

En algunas mujeres es muy frecuente el histerismo, y sobre todo las alucinaciones eróticas a base de personajes demoniacos, como vemos en esta acuarela de Rops.

LAMINA III



EL SATANISMO HISTERICO
Las histéricas suelen padecer alucinaciones eróticas por las que se creen súcubos, es decir, diablesas, en cuya forma tientan a los religiosos y hombres castos.

LAMINA IV

El cura pagó en la hoguera sus licencias con las monjas, aunque después se comprobó que todo habían sido invenciones, en las que no había nada de verdad. Claro es que el mismo destino que tuvo el cura fué el que merecieron las religiosas que de tan descarada manera denunciaban sus pactos y amores con el diablo merecedor de las caricias de aquellas pobres histéricas.

HISTERICAS CRIMINALES

De la bondad al crimen.—La perversidad de la histérica.—La mentira y la vanidad.—El afán de impresionar.—Sadismo psíquico.—Una comedia perversa.—Envenenadoras por placer.—Móviles del envenenamiento.—Envenenadoras célebres.—Psicología de la envenenadora.—Frigidez y perversión.—El infanticidio.—Parricida por inspiración divina. Histerismo parricida por insatisfacción sexual.—Incendiaria por celos histéricos.

La histérica, ya lo hemos visto, no es un ser normal. Su efectividad es, por lo general, limitadísima, o no existe; la histérica es perversa, porque es egoísta, porque se forja una personalidad que nunca se somete a las disciplinas externas, sino que se inspira en su idiosincrasia. Claro es que dentro de la extraña neurosis pueden desarrollarse estados especiales. Hay histéricas que hacen el bien porque así se lo exige su temperamento, no porque tengan conciencia plena de sus actos, sino "por casualidad". Y por casualidad también, o sea de una manera instintiva, inconsciente, pueden llegar a los más avanzados extremos del mal, no porque crean que obran perversamente, sino porque no reconocen frenos ni leyes que no sean las de sus propios instintos.

La perversidad de la histérica alcanza varios grados, desde el más benigno al más grave. Como decía Dupré, la personalidad perversa se revela inapta para la vida de familia desde la primera infancia, y más tarde para la vida conyugal, por su irritabilidad y su indiferencia, por su inafectividad o su malignidad, por la depravación de sus apetitos, de sus aficiones y de sus costumbres, por su inestabilidad. La histérica, repetimos, "no es buena", y lo peor es que, aunque quiera serlo, no lo puede conseguir.

No obstante, hay excepciones. La educación, la vida de sociedad y los tratamientos adecuados sirven para moderar la vivacidad pasional de la histérica; pero en aquellas que no son aptas para dichas sugestiones, la

perversidad la lleva a todas las audacias, y no hay nada que la detenga ante el crimen.

Hay que partir de la base, según Dupré, de que todas las mujeres, incluso las más normales, tienen especial inclinación a la mentira. Posiblemente habrá muchas mujeres que no han tenido necesidad de mentir conscientemente; pero si nos referimos al amor, al galanteo, veremos que la principal defensa de la mujer está en disimular sus sentimientos, en rechazar al varón que desea, es decir, en la mentira, actitud que observa durante cierto tiempo, sin importarle nada los sufrimientos que ello pueda ocasionar en el hombre que la corteja.

Así, pues, la mentira es uno de los caracteres fundamentales de la perversidad femenina, empezando, como decimos, por la coquetería, que es una forma de la mentira, de la perversidad positiva. Y después viene la vanidad, la rivalidad femenina. "La necesidad de ser elegida y conquistada—dice Vachet—impone a la mujer la obligación de hacerse valer y de ser más deseable que las demás, sobre todo cuando, como hoy, el número de las mujeres solteras es mayor que el de los solteros. Juego tanto más estrechado cuanto que no se trata sólo de atizar el deseo del hombre, sino de cazarle en ese lazo terrible del matrimonio, del que pocos se escapan, a pesar de las leyes sobre el divorcio. Y entonces viene la mentira de la mímica, de la indumentaria, de las joyas; viene el desarrollo de esa función tan temible, que se pone inmediatamente en movimiento en cuanto varias mujeres se encuentran en contacto: el vapuleo femenino."

La mentira vanidosa se diferencia bien de la mentira maligna, aunque el tránsito de una a otra se realiza de modo natural. Y en las histéricas, estas modalidades pueden adquirir proporciones terribles. Una histérica anuncia que va a morir en una fecha determinada. Insiste con sus familiares en afirmar que se halla indispuesta, que una voz interior la dice que la vida ha tocado a su fin. Compungida y llorosa, hace todos los preparativos para abandonar el mundo: suplica el perdón de sus culpas, se despide de todos, especialmente de su madre, a la que a todas horas atormenta con su obsesión, y realiza la comedia de la manera más completa.

El día anunciado—el caso es verídico—, cuando estaba a la mesa con todos sus familiares, se levanta, vacila, extravía la mirada, se pone intensamente pálida y cae al suelo como herida por el rayo. En realidad, está como muerta y en un estado cataléptico o comatoso: el pulso es débil, casi imperceptible, los miembros están rígidos, no respira. La familia llora con lamentos desgarradores y el médico no logra disimular

su inquietud. Transcurren tres días, durante los cuales no toma ningún alimento, y al cabo de ese tiempo, rodeada de todos, se incorpora en el lecho, finge salir de un sueño y goza ante la estupefacción de su familia y de los testigos de la cruel comedia. El médico, que ha hecho el diagnóstico, la interroga acerca de su actitud, y la histérica confiesa que nunca ha sido tan feliz como cuando asistía a los esfuerzos, a las amenazas, a las súplicas de sus allegados. Varias veces ha vuelto a repetir el truco, porque el médico cometió la terrible imprudencia de asegurar a los familiares que uno de estos ataques la conducirían al sepulcro en realidad.

Aquella joven era casta, virgen y fea, y, por si todo ello fuera poco, la familia no la permitía que tuviese relaciones con muchachos de su edad. El placer que experimentaba con esas simulaciones reemplazaba al que normalmente debía haber experimentado por medio de los contactos sexuales, que tan imperiosamente reclamaba su naturaleza. Sin embargo, según las declaraciones de la familia, la joven no carecía de cualidades del espíritu y del corazón.

Si en estas condiciones una histérica no titubea en hacer sufrir a su madre, a las personas que más sinceramente la aman, procurándoles esta dramática y constante inquietud, ¿a qué extremos puede llegarse con personas a las que la histérica no esté unida por unos afectos tan firmes y puros como los de una madre?... Por eso, en los casos de máxima perversidad, existe un deseo implacable de atormentar, de hacer sufrir, de llevar el desasosiego y la desesperación a todas partes, por ese morboso placer substitutivo de los goces sexuales vedados por cualquier circunstancia.

De aquí la manía de los anónimos, de las denuncias falsas, de las acusaciones calumniosas, de los fingimientos de violación, etc. Una muchacha que sabía completamente feliz en su matrimonio a un hombre le asedió de tal forma, que terminó por acudir a una entrevista con su supuesta enamorada, y que tuvo lugar en una habitación de hotel.

Tres días más tarde, la esposa de este hombre recibió una fotografía en la que su esposo aparecía en la máxima intimidad con la joven en cuestión, a la cual no se veía el rostro. Naturalmente, la esposa ofendida, con tan formidable prueba, planteó la demanda de divorcio por adulterio, exigiendo una fuerte indemnización al marido adúltero, el cual, a pesar de todo, se negó en absoluto a dar el nombre de su amante.

Un detective particular averiguó cosas notabilísimas. Aquella instantánea había sido obtenida por un fotógrafo desde la habitación inme-

diata a la en que tuvo lugar la entrevista. El artista manifestó que había recibido una carta en la que se le decía que si quería ganarse dos mil francos, no tenía más que alquilar la habitación número tantos del hotel X..., y obtener una fotografía de dos amantes, por la que claramente se demostrase la clase de relaciones que mantenían, utilizando un orificio hecho en la pared.

Por su parte, el dueño del hotel dijo que una señorita, cuyo nombre facilitó, aunque supuesto, había tomado en alquiler las habitaciones números 130 y 132, permaneciendo en ellas dos días y abandonándolas al tercero, después de haber recibido la visita de un caballero, cuyas señas coincidían con las del adúltero.

En cuanto al fotógrafo, cobró los dos mil francos ofrecidos, entregando a un señor, "que le infundió la sospecha de que fuese una mujer disfrazada de hombre", la prueba del adulterio.

Así, pues, la perversidad de la muchacha no se detuvo ante nada en toda aquella complicada trama, pues llegó incluso a practicar un orificio en un lugar apropiado de la pared, para que el fotógrafo no encontrase dificultades en su misión. El suceso se aclaró completamente, pudiendo saberse quién era la perversa mujer: estudiaba Derecho y era hija de un acaudalado agricultor, que residía en provincias. El hecho aconteció en una ciudad francesa.

En otro orden de cosas, veamos los casos siguientes, referidos por el Dr. Schwartz:

"Leontina C..., de diecisiete años, era de constitución fuerte y de inteligencia muy despejada. Educada por una madre débil e imprevisora, campaba por sus respetos, y su ardiente imaginación y sus tendencias al mal tomaron un vuelo peligroso. Ayudando las circunstancias, trabó conocimiento con un joven que le llevaba cuatro años más; convertida en amante de este joven, o porque realmente estuviera enamorada de él, o porque calculadamente quisiera consagrar su unión, concibió el proyecto de casarse con él, de grado o por fuerza. No pudiendo conseguirlo con lágrimas ni ruegos, alegó que llevaba en su seno el testimonio inexcusable de su falta; y durante nueve meses escribió a su amante hablándole continuamente de su embarazo.

"Sus manifestaciones fueron acogidas con incredulidad. Nada, sin embargo, la detuvo en el cumplimiento de su premeditado proyecto. Esperando que el nacimiento de un hijo pondría término a sus angustias, y que, al presentarlo a su padre, éste cedería, hízose autora de un rapto infantil, el más audaz que registran los anales judiciales. En pleno

día, en el jardín de las Tullerías, robó un hijo del juez suplente del Tribunal del Sena.

"En la Audiencia, el Dr. Tardieu, que estaba encargado de estudiar el estado mental de Leontina, declaró irresponsable a la acusada, por lo que fué absuelta."

Otro curioso caso de histeria envenenadora, referido por el mismo autor, es el siguiente:

"María Jeanneret pertenecía a una familia de las más honorables del cantón de Lausana. Huérfana desde su más tierna edad, llevó siempre una vida agitada, mostrándose de un carácter extraño, difícil, inconstante en sus gustos; pero de una terquedad notable y una disposición a la intriga y al embuste muy acentuada.

"En cierta época de su vida, empezó a verse atacada de males reales o imaginarios; tomó la manía de consultar a médicos y administrarse remedios. Empezaba a tener fama de histérica. Los Dres. Dorn y Wurtz, que la cuidaban, declararon que la enferma trataba siempre de engañarles y que la consideraban como una histérica loca y perturbada. Con el trato de estos médicos, adquirió algunos conocimientos facultativos, de los que debía hacer un triste empleo.

"Hábil en granjearse la confianza de todos y de hacer aceptar sus servicio, se introdujo en casa de la señorita Berthet de Nyons, a la cual parecía demostrar un vivo interés. Un día la administró un brebaje, e inmediatamente la señorita se sintió atacada de síntomas extraños, poniéndosele los ojos y los párpados como paralizados y sintiendo un gran dolor en el estómago. La criada la hizo beber otra vez el brebaje, y los efectos fueron tan terribles como antes.

"En octubre de 1866, María consiguió entrar en la Escuela de enfermeras de Lausana. El director de este instituto observó algo anormal en el carácter de la nueva empleada, pero no pudo precisar nada. La encontró variable, agitada, locuaz. A los dos meses abandonó el establecimiento, dándose por casi ciega.

"Durante su aprendizaje, fué llamada por una tal Thabor, que, por estar enferma, quería que alguien la asistiera de noche. Pocos días después esta señora se vió súbitamente atacada de un mal extraño.

"Otra vez, sirviendo a la mesa de la familia de la misma señora, insistió María en que los comensales comieran unos bombones que ella había confeccionado; y la consecuencia fué que todos ellos fueron atacados de vómitos.

"Con su exterior enfermizo, se mostraba inteligente, servicial y entendida en el cuidado de los enfermos, sobre todo delante de los mé-

dicos. Sabía hacerse interesante; buscaba hipócritamente la sociedad de personas recomendables por su seriedad. Pero cuando no la observaban, era brusca con sus enfermos, y su conversación estaba sembrada de palabras groseras y de juramentos; a los médicos les llamaba "bestias".

"Entrada al servicio de F..., supo hacerse pronto la dueña de la casa. Empezó por indisponer a la señora con sus amigas y se encargó de la niña, que no tardó en caer enferma y morir. La señora murió también poco después, siguiéndole otras dos amigas confiadas al cuidado de la enfermera. Al servicio de M. Gross, prestó sus cuidados a la señora Bouvier, hija del anterior, y ambos murieron al poco tiempo. Una parienta de Gross, que se presentó a ver a la enferma, aceptó de la sirviente un vaso de agua azucarada y cayó seriamente enferma. De vuelta a su casa, fué asistida por el Dr. Gautier, que certificó los síntomas de envenenamiento por atropina.

"Ante la justicia, nuestra protagonista confesó haber administrado atropina y morfina, pero únicamente con el fin de hacer experimentos médicos y especialmente para aliviar a los enfermos.

"¿Qué pensar de esta mujer, que a sangre fría causó la muerte en muchas familias, sin ningún interés personal, sin ánimo de vengarse, conservando ante sus jueces una impasibilidad absoluta? Las conclusiones del informe pericial fueron que María estaba atacada desde muchos años de histeria, sin ninguna anomalía del estado mental."

Voivenel dice que el veneno es casi un arma específica de la mujer, lo mismo que lo es el vitriolo. Pero si la mujer es histérica, si es nerviosa, si es casta voluntaria o forzosa, entonces llega a convertirse en una profesional del envenenamiento, lo mismo que un acaudalado rentista aficionado a la pintura, a la literatura y al arte se entrega a sus aficiones con más cuidado y devoción que a la administración de sus rentas.

Los móviles fundamentales del envenenamiento son, por lo general, el interés, la pasión y la perversidad. En los histéricos, como quiera que toda su vida se desenvuelve en un mundo aparte y completamente irreal, que ellos se forjan, su miseria moral, su debilidad mental y, por lo común, fisiológica, el veneno es el arma más a tono con su temperamento y sus energías para luchar en el terreno de sus ambiciones, de sus proyectos, hechos siempre a base de sueños, de alucinaciones y de obsesiones. Un autor bien documentado afirma que estos criminales son, en general, personas a quienes, por su aspecto, "se daría comunión sin confesarlos". Los casos más conocidos que cita son: Nanette Schoenleben, con tres víctimas y varias tentativas; la condesa de

Orlamunde, que envenenó a su padre, madre, hermano, marido, hijos y amigos; Elena Segado, con veintisiete envenenamientos y ocho tentativas; María Jeanneret, con nueve envenenamientos; Madame Van der Linden, con ciento dos tentativas y veintisiete muertos; Madame Soniaux, que asesinó a su hermana, su tío materno y su hermano; Raquel Galtié, que envenenó a su marido, su hermano y su abuela, y la Scierro, con seis víctimas.

El Dr. Charpentier hizo un atinado resumen de las relaciones que con el asunto tienen la histeria y la degeneración mental. Voivenel dice lo siguiente: "Los envenenadores tienen con frecuencia antecedentes hereditarios y sufren en ocasiones trastornos sensitivos y motores (crisis de nervios); tienen generalmente aspecto de cándida lealtad, que va sembrando simpatías en torno suyo, cuando al morir sus padres los lloran con ardor y sinceridad (claro que ésta es sucesivamente contradictoria). Cuidan con extraordinario desvelo a sus víctimas, y a su muerte cometen nuevos asesinatos con una extraordinaria amnesia de sentimientos."

Niega dicho autor que el envenenamiento sea el crimen de los cobardes, fundándose en el hecho de que cuando se ven ante sus jueces dan pruebas de un valor y una serenidad inconcebibles. Esto es cierto, pero no cabe duda que esta insensibilidad ante el peligro de la prisión o el patíbulo es el resultado de su misma insensibilidad física y moral. El arma insidiosa del veneno no exige, como el puñal o la pistola, el más mínimo esfuerzo; la muerte puede producirse sin que la víctima pueda sospechar las intenciones del envenenador, el cual, por otra parte, mata por matar, por darse ese gusto, por placer, sin que su actitud esté determinada por el odio ni otra pasión semejante. Además, refiriéndonos al histérico—y casi todos los envenenadores lo son—, no hay que olvidar que no hay nada como el veneno para rodear al hecho de misterio, de conjeturas, de confusiones, etc., decoración necesaria para que el espectáculo resulte interesante a la mentalidad del asesino.

Además, tratándose de mujeres, esa insensibilidad es el resultado de la frigidez sexual, a pesar de que al mismo tiempo exista una imaginación viva y ardiente, que no ha podido ser amorosamente satisfecha, o bien que esa imaginación haya sido brutalmente decepcionada. Algunas mujeres que no pudieron explicar el móvil de sus crímenes mataban porque hacían responsable a todo el género humano de sus fracasos amorosos. Esta forma del sadismo, resumen sexual de la actitud de las envenenadoras, la encontramos entre los eunucos, generalmente

sádicos y crueles, porque su incapacidad para lograr las satisfacciones sexuales normales es la fuente de la maldad, de la perversión, del espíritu de venganza, que no se detiene ante el asesinato.

En la ciudad francesa de Laon, en el año 1927, se registró un caso de histerismo criminal que apasionó vivamente a la opinión. Una mujer mató a su marido porque éste no había sabido nunca complacer sexualmente a la ardiente esposa. Otro parecido tuvo lugar en Clermont-Ferrand: una mujer, casada con un ex combatiente de la Gran Guerra, al que una granada arrancó los genitales, le mató a tiros de revólver, y eso que antes de contraer matrimonio él la puso en antecedentes de su defecto. Durante algún tiempo vivieron felices, pues el acto normal fué substituído por la habilidad del marido, que hacía todo lo posible por satisfacer a su esposa. No obstante, ésta empezó a desmejorar notablemente, dando muestras de trastornos de naturaleza histérica. Hasta que concibió el propósito de asesinar al desdichado, lo cual puso en práctica con éxito bastante incompleto, puesto que fué encarcelada.

Tardieu aporta el caso de una dama de la aristocracia, atacada de locura histérica. Trátase de una mujer de unos treinta años de edad, de maravillosa hermosura y perteneciente a una de las principales familias austríacas. Habiendo abandonado su patria y roto con su familia, a causa de su carácter indómito y de una conducta desordenada, fué reintegrada a Viena por la vía diplomática, a fin de someterla a un tratamiento y evitar los escándalos que daba continuamente.

Tardieu y otro médico, que tuvieron necesidad de informar antes de recurrir al expediente diplomático, visitaron a la dama, a la que encontraron miserablemente instalada, pobremente vestida y ocupando un mísero cuarto en un barrio extremo de París. Comía en tabernas y se prostituía con hombres de la peor condición, frecuentando los sitios peores de la ciudad. A las preguntas de los médicos respondió con evasivas y mentiras, y aunque su inteligencia parecía obtusa, no podía decirse que estaba enajenada. Se la remitió a su familia y se perdió la pista de la extraña mujer.

Unos meses más tarde, Tardieu fué encargado judicialmente de hacer la autopsia de un recién nacido, al que había matado su madre. El profesor fué al sitio donde se cometió el crimen, y al encontrarse con la culpable reconoció con gran sorpresa a la misma mujer, de cuyo estado mental había informado meses antes. Había escapado de la vigilancia de la familia y vuelto a París, donde continuó su desordenada vida. Se quedó embarazada, y, sin reparo alguno, dió a luz sola, aplas-

tando la cabeza al hijo y tirando el cadáver en un orinal, debajo de la cama, donde lo vió el doctor. En cuanto a ella, sentada en la cama, medio desnuda y manchada de sangre, miraba a los policías que acompañaban al doctor, sin darse cuenta del crimen que había cometido.

La histérica comete el crimen más atroz por el motivo más nimio, no titubeando en sacrificar a sus familiares más allegados cuando se trata de satisfacer sus propósitos. Una mujer muy religiosa recibió en sueños la inspiración de que llegaría a ser santa si lograba que ninguno de sus descendientes cayese en pecado. Esta mujer, casada con un funcionario del Estado, tenía tres hijos: una niña de once años y dos niños de siete y de cinco. Los chiquillos, que gozaban de buena salud, eran tan revoltosos como son todos los niños a estas edades, y esto lo interpretó la madre como anuncio de futura maldad cuando llegasen a mayores.

En el carácter de los pequeños adivinó, de acuerdo con el sueño, que no podría aspirar a la santidad, y con el fin de que en lo futuro no pudieran avergonzarla con sus pecados, asesinó a los tres. Cuando la policía se presentó en la casa del triple parricidio, la histérica confesó con toda tranquilidad que había dado muerte a las criaturas, no sólo para librarlas del pecado, sino porque de esa forma podría ella sentarse a la diestra de Dios. Fué recluída en un manicomio, pero se demostró que no padecía trastornos mentales que justificasen su estancia en la casa de salud, y, aunque declarada irresponsable, cumplió la condena en presidio hasta su muerte, que sobrevino once años más tarde.

Una mujer casada y con un hijo de once meses de edad había acostumbrado a la criatura a dormir en el lecho conyugal. El marido se retiraba a descansar a media noche, y entonces es cuando el matrimonio se entregaba a los placeres conyugales; pero al mismo tiempo, la criatura empezaba a llorar, y no había medio de callarla, como no fuera dándola el pecho, lo que molestaba a los enamorados esposos, que no tenían tranquilidad para satisfacer sus naturales deseos.

Esto molestaba a la mujer más que al marido, el cual, harto de trabajar, estaba más necesitado de descanso que de otra cosa. Al cabo de poco tiempo, la esposa dejó de solicitar a su cónyuge y se tornó fría y de mal carácter, como si su naturaleza se hubiera transformado por completo. Con este motivo, el matrimonio tuvo muchos disgustos, y cada vez que ella se sometía a las caricias del esposo lo hacía de una manera mecánica y completamente pasiva.

Un día la criatura apareció muerta y sin ningún signo de violencia.

La madre lloró la tremenda desgracia, sufriendo varios ataques que la vecindad consideró naturales. Pero el médico, que se disponía a certificar la muerte de la criatura a consecuencia de una enteritis, se fijó en un pequeño puntito negro que presentaba el cadáver bajo la tetilla izquierda. Intervino el juzgado, y a fuerza de muchos trabajos, la madre confesó que había matado a su hijo clavándole en el corazón una aguja de hacer media. Manifestó que la causa no había sido otra sino que la criatura, con sus llantos impertinentes, había dado lugar a la separación espiritual del matrimonio. Con el mayor cinismo declaró que no estaba arrepentida de su crimen, dando toda clase de pormenores acerca de la agonía de la criaturita, "que no duró ni tres minutos".

Otra histérica, que vivía con su madre impedida, la asesinó dejándola caer una gruesa piedra que había sobre un arco de la entrada del jardín. La piedra la destrozó el cráneo y parte de un hombro. Acosada a preguntas, terminó por confesar el parricidio, que en su mentalidad estaba justificado porque la anciana no la permitió ir al teatro con una amiga.

Esta joven, cuando era niña, encontraba especial placer en martirizar a los animales. Porque un gallo la despertaba algunas mañanas, le arrancó la lengua. Un perrito que ladraba cada vez que veía pasar a una amiga de la histérica, fué cegado con cal viva por la perversa mujer, y unos días después sacó los ojos a una gallina.

Hasta la edad de veinte años, que fué cuando mató a su madre, no se la había conocido ningún galanteo, porque quería conservarse pura, ya que un ángel la había visitado en sueños, diciéndola que antes de los veintidós años moriría, subiendo al cielo. Murió a los treinta y cinco, después de haber salido de la cárcel, en un accidente de automóvil.

Una mujer de veintinueve años, soltera y perfectamente reglada, incendió cuatro veces un monte de encinas y un establo en el que había tres vacas y un caballo. La propietaria del monte y del establo era una mujer que estaba prometida en matrimonio con un joven al que la criminal desdeñó en varias ocasiones. Cuando fué detenida sufrió un fuerte ataque histérico, y al recobrar el conocimiento acusó de los incendios a la propietaria de las fincas, asegurando que la había visto con una lata de gasolina, que después ocultó en un pajar.

Las autoridades dieron crédito a estas declaraciones de la histérica, y, en efecto, en un regitstro efectuado en el pajar, se encontró oculta una lata de veinticinco litros, que indudablemente había contenido gasolina. Un examen de las huellas dactilares en el recipiente demostró

que había sido manejado por la histérica, la cual, sin duda, alguna, ocultó allí la lata después de cometer los incendios.

En casi todos los casos apuntados, y, por lo general, en todos los que se conocen, la histérica criminal es una mujer insatisfecha sexualmente, frígida o, por el contrario, muy apasionada. No obstante, tratándose, por ejemplo, de prostitutas, aunque sean histéricas, nunca llegan a esos extremos de perversidad en que con tanta frecuencia incurren las reputadas de castas, bondadosas y normales. En resumen, cuando nos vemos ante el crimen cometido por una mujer, puede asegurarse que el delito estará revestido de más detalles de perversidad cuanto más casta sea o parezca ser la existencia de su autora. Los crímenes de las histéricas suelen tener por causa la insatisfacción sexual.

HSTERIA Y SEXUALIDAD ANORMAL

Definición freudiana de la histeria.—Frigidez y autoerotismo.—Un caso de narcisismo histérico homosexual.—Orquitis histérica.—La epididimitis como fetiche erótico.—Homosexualidad femenina e histerismo.—Substitución de los fantasmas eróticos.—El caso del hombre-aguja.—Otro parecido de hombre-perro.—Un matrimonio de religiosos.—La misión de los duendes eróticos.—La mujer que se creyó un súcubo.—Derivación hacia la homosexualidad.

Según Freud y los partidarios de la escuela psicoanalítica, la histeria es la resultante de un obstáculo en la satisfacción sexual y que se caracteriza por un peculiar proceso de simbolismo afectivo, que consiste en transformar las emociones sexuales, rechazada por la educación y las creencias, en la serie de síntomas que hemos estudiado en las páginas anteriores. "Los impulsos sexuales fuertes, tan violentos y anárquicos, desterrados a la subconsciencia, conservan allí su potencialidad y tratan de actualizarla, de emplear esa energía. Sujetos por nuestra voluntad durante el día, se manifiestan por la noche en los sueños, deformando y disfrazando la realidad. El deseo rechazado que puede exteriorizarse se fija y se satisface en un síntoma patológico, trastornando la vida mental y dando lugar a la neurosis, la psiconeurosis o el delirio."

En los sueños de los histéricos, especialmente en las mujeres, rara vez falta el elemento erótico. De aquí que casi todo el autoerotismo de estos enfermos sea principalmente onírico, siendo ésta una gran parte de la razón de la frigidez que caracteriza a esos mismos individuos en estado de vigilia, cuya sexualidad permanece casi insensible o insensible del todo a las excitaciones normales. El enfermo experimenta en sus sueños los deleites que la vida habitual les niega. Freud dice que la crisis histérica, con sus contorsiones, sus crispaduras, el hecho de poner los ojos en blanco y suspirar, no son sino una satisfacción del

acto sexual prohibido. Regis y Hesnard dicen: "La crisis histérica, aunque su finalidad aparezca más o menos disimulada, no es sino un "equivalente del coito", y la pérdida del conocimiento, más o menos completa que ocasiona, es de la misma naturaleza que la ocasionada por el coito."

Así, pues, la sexualidad de los histéricos—sobre todo, repetimos, de las histéricas—no obra directamente sobre los objetivos normales, sino que se deriva en la esfera psíquica, dando lugar a los delirios y delitos que hemos examinado.

La sexualidad anormal de la mujer, especialmente el autoerotismo auténtico, es decir, el autoerotismo psíquico, está siempre o casi siempre unido al histerismo o a otros trastornos nerviosos. El narcisismo va acompañado siempre de un fantasma equivalente a la personalidad del propio narcisista. Este fantasma es tan completo, que la mujer enamorada de sí misma prodiga a su otro yo, a su otra personalidad, al fantasma, toda clase de caricias, de palabras ardientes, de apasionadas ternezas. Un amigo me cuenta que, hallándose en un hotel en París, sorprendió con todo detalle la conversación que una mujer sostenía con una amiga, a la cual no pudo oír pronunciar ni una sola palabra. No había duda que se trataba de dos lesbianas. Al cabo de algunos minutos de observación, escuchó un grito agudo, seguido del estrépito que produce un cuero al desplomarse en el suelo. Alarmado, llamó a una camarera, a la que comunicó sus temores de que hubiera ocurrido algo desagradable en la habitación inmediata. La camarera se extrañó ante las declaraciones de mi amigo, ya que tenía la seguridad de que la joven se hallaba sola en aquel cuarto; era estudiante de Filosofía, y nunca recibía visitas.

Llamaron a la puerta, y no respondió nadie. Por fin entraron, encontrándose a la joven, completamente desnuda y sin conocimiento. Una herida en la frente, por la que salía un hilillo de sangre, debió producírsela al caer y golpearse contra el borde de la chimenea. La joven recobró el conocimiento gracias a los cuidados de mi amigo, el cual la curó de su herida. No hizo más que volver en sí, y enseguida preguntó por "Nelly", por *ma petite Nelly,* como ella decía. La joven también se llamaba Nelly.

Esta alucinación persistió durante varias horas, y durante ese tiempo no hubo medio de persuadir a la muchacha de que todo aquello no había sido más que un sueño. La realidad de su estado la conoció mi amigo después de cierto tiempo de amistad con la muchacha, la cual era histérica y, además, casta, por temor a un embarazo.

Un joven de dieciocho años, estudiante, a quien su padre había amenazado con los más terribles castigos si llegaba a contraer una enfermedad venérea, llegó a masturbarse con bastante frecuencia, hasta que cayó en sus manos un folleto seudocientífico en el que se hablaba de los terribles peligros de la masturbación, de la que se derivaba todo género de males.

No cabe duda que era un individuo fácilmente sugestionable, y, además tenía antecedentes hereditarios: su madre fué histérica. A pesar de todo, se hallaba bien orientado sexualmente, pero en sus galanteos no llegó nunca a practicar el coito, aunque muchas veces iba con sus amigos de correrías por las casas de prostitución.

Un día le aseguraron que una muchacha determinada estaba completamente sana, y que, por lo tanto, no debía tener ningún temor de cohabitar con ella. En efecto, intentó el coito; pero, a pesar de hallarse muy excitado, se encontró impotente y hubo de renunciar al acto, sin intentarlo siquiera.

Manifestó que, lejos de enojarse, se alegraba de ello, pues temía que el estado de la joven no fuese tan sano como le aseguraban. A partir de este momento, empezó a preocuparse de lo que le hubiera podido suceder de estar enferma, llegando hasta el extermo de imaginarse que padecía una enfermedad, especialmente la orquitis, de la que le habían hablado con los tonos más sombríos. Y tanta fué la sugestión, que una mañana se despertó sintiendo vivos dolores en los testículos, comprobando con verdadero terror que el izquierdo presentaba un volumen verdaderamente monstruoso.

Fué a visitar a un médico, al que expuso todas las particularidades de su obsesión, y el facultativo diagnosticó un caso típico de histerismo, igual a aquellos de la Edad Media, en que las mujeres presentaban llagas o también todos los síntomas del embarazo sin haber tenido el menor contacto con un hombre. La inflamación desapareció después de un tratamiento esencialmente psicoterápico, y el muchacho recobró la calma perdida.

No obstante, la impresión que le produjo el extraño fenómeno fué muy grande. Convencido de que, de seguir con sus temores, los trastornos terminarían por manifestarse con síntomas más graves, realizó el coito por primera vez con toda facilidad, y resuelto a todo y a afrontar todas las consecuencias de que le hablaba su padre. Pero, al día siguiente de su aventura, se le declaró una nueva epididimitis, y esto le ocurrió cuatro veces más, por lo que hubo de renunciar a las mujeres.

En un tratado sobre las enfermedades sexuales, que casi se sabía de memoria, a fuerza de leer todo cuanto se refería a la profilaxis, vió varias láminas de órganos genitales femeninos afectados por diversas enfermedades. El que más le llamó la atención fué uno que reproducía un caso de prolapso uterino, y que en su imaginación tenía el mismo valor de la "orquitis femenina". En adelante, para masturbarse, se imaginaba el fantasma de una mujer afectada de prolapso uterino, y en muchas ocasiones no tenía más que concentrar toda su imaginación en ese fantasma para que el orgasmo se produjese sin necesidad de tocarse los genitales.

En sus sueños se le aparecían mujeres desnudas que mostraban esa anomalía, o también con el vientre excesivamente dilatado. Todo cuanto fuesen relieves exagerados inmediatos a los órganos sexuales de una mujer tenían para el joven histérico un gran valor de excitación. También le llamaba la atención todo cuanto se refiriese a las inflamaciones de los testículos, y una vez experimentó el orgasmo cuando un amigo le refirió que en cierta ocasión había padecido una epididimitis doble, poniéndosele los testículos monstruosamente inflamados.

En este caso, el fantasma obsesionante se convirtió en fetiche erótico, por lo que no cabe duda que el histérico era también fetichista. No había elemento algolágnico alguno, pues, según sus manifestaciones, nunca reparó en el dolor que en él o en otra persona pudieran causar las inflamaciones de los testículos. Este muchacho curó de su manía—nunca tuvo ataques histéricos—cuando se puso en relaciones con una señorita, a la que desposó al terminar la carrera.

En casi todos los casos de perversión sexual que hemos estudiado, no cabe duda que existe un fondo neuropático. No tiene nada de extraño que el histerismo desempeñe el principal papel, especialmente en aquellos viciosos o pervertidos que adoptan una actitud principalmente pasiva. La mayor parte de las románticas son histéricas: el romanticismo suele ser una de las modalidades más sobresalientes de la histeria. En la homosexualidad femenina, el romanticismo, la histeria, se encuentra claramente definida en las mujeres que se someten al imperio de las activas, ya sean invertidas o pervertidas.

En el *milieu* de París tuve ocasión de conocer a dos mujeres, española una y francesa la otra, ambas pintoras, de gran temperamento artístico, bellas y cultas. Esta pareja vivía en un lujoso "apartement" del bulevar Saint-Michel, habitado en su mayor parte por artistas y estudiantes.

La española, que es la que hacía de "hombre", era más bien una viciosa que una auténtica invertida. A pesar de su indumentaria casi masculina, no podía ocultar los rasgos de su feminidad, que aparecía más interesante, si cabe, bajo aquel tocado "hechura sastre", de corte elegante y *dernier cri*. Pero, a pesar de todo, no hacía falta tener la vista de un lince para enjuiciar acerca de la orientación sexual de aquella mujer de aspecto artificialmente varonil.

Su compañera, por el contrario, era la esencia de la feminidad más completa: fina de tipo, rubia, de distinguidos y delicados ademanes, elegante en la sencillez de su atavío, tímida y sensible. La pasión de aquellas dos mujeres no era mal acogida entre sus conocimientos, porque en el *milieu* todas estas extravagancias son consideradas como un signo de distinción.

Cuando la española entraba en el café, donde la esperaba su amiga, llevaba siempre algún obsequio: flores, bombones, perfumes, cualquier cosa. Para quien sea capaz de comprender perfectamente los misterios de la homosexualidad, aquellas atenciones delicadísimas de la "hombre" hacia su amante resultarían tan simpáticas y encantadoras como si se tratase de un hombre enamorado y de su amante feliz. Con la mayor naturalidad—o el más impresionante descaro—, la francesita reclinaba su cabeza sobre el hombro de la amiga, mientras ésta la mostraba sus obsequios. Después, sin reparar en las miradas de los habituados a estas escenas, ambas mujeres se besaban dulcemente.

Un día, la rubia sufrió un desvanecimiento. Los clientes del café trataron de reanimarla, sin conseguirlo. La joven pronunciaba frases extrañas, en las que sonaba el nombre de su amiga. Alguien aseguró que aquel acceso tenía por motivo un disgusto habido entre las dos mujeres, manifestación que indudablemente escuchó la accidentada, que entonces se estremeció en convulsiones tales, que resultaba poco menos que imposible sujetarla; se desgarró las ropas—era en verano—y quedó completamente desnuda. Este acceso de furia duró diez minutos. Después, más calmada, pronunció varias frases obscenas, fingiendo los movimientos característicos del coito, con las piernas abiertas y pretendiendo abrazar a un amante imaginario, que debía ser su amiga.

Vuelta en sí del ataque, rompió a llorar angustiosamente, sin cesar de llamar a la española, la cual, avisada por otra amiga, llegó en aquel momento. Dándose cuenta de la situación y del enorme escándalo que había conmovido a todos los clientes del café y a muchos transeúntes, la ordenó con gesto imperioso que se calmase, y metiéndola en un taxi se la llevó a su domicilio.

Un joven, que no conocía la clase de relaciones que mantenían las

dos mujeres, tomó otro coche y marchó tras el vehículo que conducía a las amigas, el cual, obedeciendo, sin duda, su conductor a las órdenes de las viajeras, salió de los bulevares, y tomando la avenida de Neuilly, no se detuvo hasta el bosquecillo de Champerret, en la puerta de una pequeña casita, de la que la española llevaba la llave.

El muchacho vió descender a las dos mujeres. La francesa no quería apearse del vehículo, sin duda porque estaba casi desnuda; pero al fin lo hizo ante las amenazas de su amiga, que no podía ocultar su furor. El joven había mandado detener su vehículo, para que las mujeres no pudieran apercibirse de su presencia, y dispuesto a proseguir la aventura hasta el final, ocultándose entre el boscaje, se situó a la vuelta de una esquina del edificio.

La española pagó al chófer, dándole el encargo de que volviese a recogerlas dos horas después. Cuando el taxímetro hubo desaparecido, las mujeres entraron en la casa, no sin que la francesa mostrase gran resistencia. Entonces su amiga la abofeteó, haciéndola caer al suelo. A todo esto, la puerta continuaba abierta, y el muchacho, resuelto a todo, mientras la española corría en busca de un frasco de sales, consiguió penetrar en la casa sin ser visto.

Recobró la joven el conocimiento, y las dos mujeres entraron en una habitación extrañamente decorada de negro. El improvisado detective vió que en la estancia había varios instrumentos algolágnicos, como disciplinas, vergajos, cadenas, etc. Le costó gran trabajo ocultarse, y dos veces estuvo a punto de ser descubierto; por fin, aprovechando la semipenumbra de la habitación, se escondió tras de una mesa cubierta con un paño verde, desde donde pudo presenciar cómo la española se desnudaba, mientras su amante permanecía llorosa con la cabeza entre las manos. Entretanto, las dos mujeres se insultaban de la manera más soez, especialmente la española, que amenazaba a la otra con propinarle un ejemplar castigo.

En efecto, se trataba de una pareja de sadomasoquistas; pero la pequeña no debía tener ganas de fiestas, ya que, esgrimiendo una barra de hierro, se puso a la defensiva, asegurando que antes de que la tocase estaba dispuesta a partir el cráneo a la varonil mujer. Pero ésta, que se había apoderado de un látigo, asestó un golpe a la pequeña con tan fatal acierto, que la causó una fuerte hemorragia.

Entonces tuvo lugar la parte más teatral de est aaventura: el joven, indignado por lo que acababa de ocurrir, salió de su escondite, irrumpiendo en el extraño escenario ante los gritos de las dos mujeres. La francesa sufrió un desmayo, pero la española, más entera, intentó defenderse con el látigo. No le costó poco trabajo reducir a aquella furia, a la que tuvo necesidad de amordazar y atar con fuertes ligaduras para poder ocuparse de la accidentada, la cual no tardó en recobrar el conocimiento ante los cuidados del muchacho, que tuvo la ocurrencia de fingirse agente de Policía.

Después de explorar el ánimo de la joven, se convenció de que la española tenía que esperar muy poco de su afecto. En consecuencia, y muy en su papel de agente policíaco, aseguró a la española que se vería en la obligación de arrestarla si volvía a violentar a su protegida. Esta se vistió adecuadamente, y los dos jóvenes regresaron a París. En resumen: este verídico y novelesco suceso tuvo su epílogo marchándose a vivir juntos la francesita y el joven, que aquel año obtuvo su diploma de doctor en Derecho.

Esta señorita, hija de un título francés, había padecido histerismo desde los catorce hasta los diecinueve años, en cuya edad la ocurrió esta curiosa aventura con el joven abogado, que actualmente reside con ella y dos hijos en la ciudad de Argelia.

Se conocen muchos casos de mujeres histéricas que padecieron alucinaciones eróticas perversas, a pesar de que en su vida real se mostraron frígidas e insensibles al amor. No obstante, bajo los efectos de esas alucinaciones es posible que la histérica se muestre excesivamente lúbrica y sensual, sin olvidar, a pesar de todo, que el desequilibrio de los sentidos es siempre psíquico y raramente físico, ya que ha podido comprobarse la existencia de una fuerte anestesia de las zonas erógenas principales, como el clítoris, la vagina y los pezones.

Normalmente, estas mujeres, que bajo los efectos de un alucinación son capaces de entregarse a los mayores excesos eróticos, cuando se someten a las caricias de un hombre, no cabe duda que muestran gran repugnancia por el acto sexual. Todavía, como asegura un neurólogo, el acto sexual puede producir un ataque por la presión de una zona histerógena, provocar dolores intensos y, cuando existe la hiperestesia, ir acompañada de la contracción espasmódica de los músculos vaginales, trastorno que conocemos con el nombre de vaginismo.

Ahora bien, cuando al deseo o simplemente al acto se asocia un elemento perverso, es decir, cuando la relación sexual no es normal, sino que la acción excitadora del miembro viril se substituye por un mecanismo cualquiera—a veces el más absurdo—, es posible que la histérica, forjándose un fantasma adecuado, experimente las mismas sensaciones que percibiría una mujer normal, sin que ocurran esos fenómenos inhibidores que tendrían lugar mediante el contacto natural.

También puede suceder lo contrario, o sea que, tratándose del mecanismo normal, la mujer se sugestione hasta el punto de creer que se trata de un objeto que no sea el pene, que normalmente la produciría el ataque histérico, ya sea en forma de vaginismo o de accidente convulsivo. En ambos casos, no puede negarse la existencia del elemento perverso, como vemos en los siguientes casos observados por nosotros:

Se trata de una mujer de veintitrés años, casada hace dos, y con un hijo de cinco meses, al que no ha podido amamantar, sin duda por la atrofia de las dos glándulas mamarias. Sus pechos son duros, pero infantiles. Las glándulas son tan pequeñas, que apenas se perciben al tacto.

Hasta la fecha de su matrimonio padeció ataques histéricos, sueños y alucinaciones, que muchas veces interpretó como sucesos reales. No duda que aquellos trastornos, que empezaron cuando tenía catorce años, obedeciesen a la falta de menstruación, que se la presentó por primera vez a los dieciocho años, repitiéndose con bastante irregularidad.

Tuvo con frecuencia sueños eróticos y se masturbó algunas veces en unión de otros jóvenes de su edad, pero como el acto la resultaba doloroso, y, por otra parte, no la producía sensaciones completas, como decían las amigas, dejó este hábito, que nunca tuvo arraigo en su temperamento. Sólo una vez, que utilizó una aguja de marfil, introduciéndosela en la uretra, experimentó sensaciones tan intensas, que sufrió un desmayo. La aguja se la había dejado una compañera, pero no pudo conseguir que se la prestara de nuevo, y desde entonces soñó varias veces que sostenía comercio carnal con un hombre que en lugar de miembro viril tenía una aguja como aquella. A la mañana siguiente de una noche durante la cual experimentó varios orgasmos, estando ya casada, se sintió excitadísima, hasta el extremo de sufrir una especie de alucinación delirante. Con movimientos y gestos lúbricos, expresó sus deseos al marido, el cual se dispuso a satisfacerlos; pero la aproximación la dejó insatisfecha, pidiéndole al cónyuge "que la trajera la aguja".

Este ruego le repitió con insistencia y casi con rabia, al no sentirse complacida, por lo que el marido, que ya estaba satisfecho, creyó que soñaba. La mujer se levantó de la cama, y haciendo ademán de tomar un objeto del cajón de la cómoda, rogó a su esposo "que se lo colocara en su sitio". El hombre estaba cada vez más desconcertado, ya que no había recibido objeto alguno; pero guardó silencio. Entonces la histérica le atrajo hacia sí, y, sin que hubiese intromisión, experimentó

varios orgasmos seguidos, muy intensos, a juzgar por sus gestos. Ella se quedó dormida, seguramente bajo los efectos del ataque, y cuando despertó, al cabo de dos horas y media, no recordaba nada de lo sucedido.

Ella fué la primera extrañada de su conducta, que no acertaba a explicarse, hasta el extremo de creer que su esposo, hombre perfectamente equilibrado, había perdido el juicio. Entonces se decidieron a consultar con un médico, el cual diagnosticó el histerismo de la citada señora.

Hasta pasados cinco meses de un tratamiento psicoterápico adecuado, esta mujer no pudo consumar el acto del coito normalmente, sin la obsesión de la aguja de marfil, aunque algunas veces hubo de imaginarse sus anteriores sueños, a fin de dar cima a sus deseos eróticos, que ahora se manifestaban con una periodicidad regular, "coincidente con la fecha en que experimentó las sensaciones sexuales producidas por el empleo de la aguja de marfil".

Una exploración médica dió por resultado la comprobación de la existencia del vaginismo por hipersensibilidad de los restos de la membrana himenal, que la enferma destruyó masturbándose con un instrumento fálico. El hijo de esta mujer falleció a consecuencia de la eclampsia, sufriendo varios ataques en cinco días.

Otra histérica sin antecedentes hereditarios, pero que en su juventud había abusado bastante de la masturbación lingual con un perro, al que daremos el nombre de "Tony", sufrió un fuerte ataque de histerismo la misma noche de sus bodas, que necesitó de la asistencia de un facultativo. El marido ignoraba que su esposa fuese histérica, pero el médico aseguró que al cabo de unos meses de vida matrimonial desaparecerían esos trastornos, y, si no entonces, era cierto que se suprimirían con el primer embarazo.

Cuando el marido intentó repetir al día siguiente el acto, otro ataque histérico lo impidió, y así ocurría cuantas veces intentaba el coito. Dos médicos intervinieron en este caso, afirmando ambos que la zona histerógena radicaba en la región bulbar, pues ejerciendo ciertas presiones se producían los accesos histéricos. La mujer conservaba intacta la membrana himen, que hubo de ser incidida en evitación de un posible caso de vaginismo.

Un día la joven esposa habló a su marido de su afición a los perros, y con la habilidad que ciertas viciosas saben desplegar para la satisfacción de sus caprichos, indujo al marido a que practicase con ella el "cunnilingus". Y, en efecto, la histérica, que indudablemente recordaba

su intimidad con el perro, llamaba "Tony" a su marido, exactamente igual que seguramente lo haría con el can. El marido comprendió la perversión de su esposa, hasta que, muy poseído de su papel de perro, imitó al animal con ladridos, caricias y gestos perrunos. De esta manera pudo realizar el acto sexual normal con su esposa, pero teniendo cuidado de mostrar la lengua, que la perversa mujer creía actuar sobre sus órganos genitales. Un embarazo acabó con esta perversión, a la que el marido hubo de someterse para conservar el equilibrio conyugal, que, tratándose de una mujer histérica, es un problema verdadero, plagado de extraordinarias dificultades.

Una mujer que sus padres casaron contra su voluntad, puesto que hubiera querido dedicarse a la vida religiosa, conocía de memoria la vida de casi todos los santos, mostrando especial preferencia por la demonología en relación con el ascetismo. En diferentes ocasiones tuvo alucinaciones eróticas, en las que se le aparecían demonios, duendes y faunos, que intentaban corromperla prodigándola toda clase de caricias lúbricas.

Fué al matrimonio contrariada y sin amor, pero la habilidad del marido consiguió despertar en la religiosa mujer emociones semejantes a aquellas que experimentó en las visitas que le hicieron los faunos. No obstante, la mayor parte de sus orgasmos se traducían después en alucinaciones infernales, y por todas partes creía ver a una legión de duendecillos que se habían apoderado de ella, sin duda como castigo por haber accedido a los deseos de sus padres. Por lo general, en esos ataques, de clara naturaleza histérica, profería gritos y frases extrañas alusivas a los ángeles y a los demonios y a otros personajes de las cortes celestial e infernal.

A pesar de estos trastornos psíquicos, ponía verdadero ardor en los preludios de la unión conyugal, hasta el extremo de que el marido, bastante agotado, llegó a temer por su salud, ya que en muchas ocasiones esta mujer dió muestras de un erotismo insaciable. Esta histérica no menstruaba por las vías naturales, sino que periódicamente tenía hemorragias por la nariz y los ojos, y algunas veces por los oídos. Manifestaba que los duendes se la introducían en el cuerpo, produciéndola agudos deleites, que más tarde eran dolores, cuya consecuencia interpretaba por aquellas hemorragias. Desde luego, su mayor ansiedad por los placeres sexuales tenía lugar cuatro o cinco días antes de presentarse las hemorragias. En una ocasión manifestó a su marido que algunas veces veía salir de su cuerpo a los duendes que la producían tanto placer, asegurándole que ella no podría gozar con ningún hombre, a no

ser que, como él, tuviese los demonios metidos en el cuerpo. Esta mujer terminó sus días en un manicomio, atenazada por la obsesión de que constantemente estaba desnuda, aunque en realidad estuviese vestida, jugando con numerosos pequeños faunos, que entraban y salían de su cuerpo. Durante todo ese tiempo, no sufrió ataques de histerismo ni de otra naturaleza (Lámina III).

Se conoce el caso de otra histérica, también muy religiosa, que contrajo matrimonio con un sacerdote que ahorcó los hábitos. Esta mujer sufrió muchos ataques y alucinaciones, y en una ocasión, a los dos o tres días de casada, permaneció en éxtasis durante cuarenta horas. En las alucinaciones creía ser un súcubo o una diablesa con alas, y con este pretexto rechazaba a su marido cada vez que el ex sacerdote la acariciaba (Lámina IV).

El súcubo, como ya sabemos, era el demonio, que en figura de mujer tentaba a los religiosos y castos. Esta mujer estaba convencida de que ella era un súcubo que a toda costa quería hacer pecar a su marido, diciéndole que durante la noche salía a volar por los aires en busca de otros súcubos, con los que celebraban extrañas reuniones.

Vuelta a la normalidad, es decir, al desaparecer aquellas raras alucinaciones, se entregó a la homosexualidad con otra mujer, a la que obligaba a disfrazarse de diablesa, con alas de murciélago, cuernos y otros detalles parecidos. El marido solicitó el divorcio, porque ella se negaba a cumplir con sus deberes conyugales, en tanto que la ex diablesa se entregaba con su amiga a toda clase de excesos eróticos. Ella no opuso la menor resistencia a que se efectuase la separación, afirmando que jamás había experimentado con su marido los deleites que obtenía en sus relaciones con su amiga, una joven prostituta, a la que instaló en un elegante barrio de Berlín.

En la explicación de la mayor parte de los fenómenos de la sexualidad anormal, la castidad aparece siempre como el punto de partida. Por esta razón, todas aquellas epidemias de demonopatía de los siglos viejos se desarrollaban con más incremento en las comunidades de religiosas jóvenes que entre el resto de las demás mujeres, que no se entregaban a la vida ascética con aquel ardor de los místicos, que, creyendo huir del demonio de la carne, caían de lleno en los infiernos de las perversiones más terribles y extrañas que han afectado al impulso sexual de la Humanidad.

ÍNDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

LAS MANIFESTACIONES MAS FRECUENTES DE LA HISTERIA

Qué es el temperamento histérico.—Mujeres y hombres histéricos.—Herencia y predisposición.—Cómo se adquiere.—Histeria y sexualidad.—Síntomas.—Las convulsiones.—Alteraciones sensoriales. Cuadro psicológico.—Desarrollo de la enfermedad. La mitomanía histérica.—Carácter de la histérica. Su romanticismo aparente.—Su falta de afectividad es real.—Sensibilidad.—La vida de relación.—Simulaciones de las histéricas..... 9

EL SUEÑO Y LA ALUCINACION

Sueño histérico.—Los histéricos creen en la realidad de sus sueños.—Casos clínicos.—Sueño semiinconsciente.—Santa Teresa de Jesús.—Cómo eran las alucinaciones de la Santa.—El carácter erótico de sus sueños.—La histérica y el torero.—El delirio onírico.—La que soñó con una hija.—Autoacusaciones de los enfermos.—Varios casos curiosos.—La supuesta sobrina del rey de Italia.—El defecto y exceso de las funciones sexuales..... 23

EL SATANISMO Y LA HISTERIA

El histerismo en la antigüedad.—Los poderes causantes de la histeria.—Las epidemias.—Placeres de Dios y deleites del diablo.—La posesión demoníaca.—El cura de las ursulinas de Aix.—Sus confesiones.—El caso de Urbano Grandier y su célebre proceso.—Las crisis histéricas de las monjas.—Epidemias de embarazo histérico.—Histéricas célebres.—Las extáticas.—Las confesiones de las poseídas.—Falsas acusacioses..... 37

HISTERICAS CRIMINALES

De la bondad al crimen.—La perversidad de la histérica.—La mentira y la vanidad.—El afán de impresionar.—Sadismo psíquico.—Una comedia perversa.—Envenenadoras por placer.—Móviles del envenenamiento.—Envenenadoras célebres.—Psicología de la envenenadora.—Frigidez y perversión.—El infanticidio.—Parricida por inspiración divina. Histerismo parricida por insatisfacción sexual.—Incendiaria por celos histéricos..... 51

HISTERIA Y SEXUALIDAD ANORMAL

Definición freudiana de la histeria.—Frigidez y autoerotismo.—Un caso de narcisismo histérico homosexual.—Orquitis histérica.—La epididimitis como fetiche erótico.—Homosexualidad femenina e histerismo.—Substitución de los fantasmas eróticos.—El caso del hombre-aguja.—Otro parecido de hombre-perro.—Un matrimonio de religiosos.—La misión de los duendes eróticos.—La mujer que se creyó un sūcubo.—Derivación hacia la homosexualidad 63

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
El éxtasis histérico..... 32

LAMINA II
Otra actitud histérica..... 33

LAMINA III
Alucinaciones histéricas..... 48

LAMINA IV
El satanismo histérico 49